

LOS PROBLEMAS CON LA NUEVA MISA

Una breve visión de conjunto de las mayores dificultades teológicas inherentes al
Novus Ordo Missae

por

Rama P. Coomaraswamy, M.D., F.A.C.S.

«El hombre no puede realizar una acción más santa, más grande, más sublime que celebrar una Misa, a cuyo respecto el Concilio de Trento dice: “Nosotros debemos confesar que ninguna otra obra puede realizarse... tan santa y divina como este formidable Misterio. Dios mismo no puede originar una acción para ser realizada que sea más santa y más grande que la celebración de la Misa”. »

—S. Alfonso M de Liguorio
La Santa Misa

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. Rama P. Coomaraswamy nació en la Ciudad de Nueva York en 1929 y es hijo de Ananda y Doña Luisa Coomaraswamy. Es miembro de la famosa familia Coomaraswamy de Ceilán (Sri Lanka). Su primera instrucción fue en Canadá, India e Inglaterra. Hizo sus estudios en la Universidad de Harvard, y sus estudios médicos en la Universidad de Nueva York donde se graduó en 1959. Posteriormente, realizó ocho años de estudios médicos postgraduados en cirugía en la Universidad de Medicina Albert Einstein de la ciudad de Nueva York donde se especializó en cirugía general y torácica y cardiovascular. Durante muchos años estuvo en el cuerpo docente de la Universidad de Medicina Alberto Einstein y actualmente posee en ella el empleo de profesor auxiliar de cirugía. Ha publicado más de 40 artículos científicos en su campo.

Paralelamente a su carrera médica, ha mantenido un interés profundo en las materias teológicas. Durante cinco años a principios de la década de 1980 fue profesor de Historia Eclesiástica en el Seminario Sto. Tomás de Aquino en Ridgefield, Connecticut. Él es el autor de *La Destrucción de la Tradición cristiana* (1981) y de más de 50 artículos de temas teológicos, publicados en los Estados Unidos, Inglaterra e India, algunos de los cuales se han traducido al español, francés y alemán.

El Dr. Coomaraswamy se convirtió al catolicismo a los 22 años. Él y su esposa, Bernadette, tienen seis hijos y cuatro nietos, y viven en Greenwich, Connecticut.

Sería imposible para mí dar las gracias a todas las personas que posibilitaron este libro. Sin embargo, me gustaría agradecer particularmente a las personas siguientes que han ayudado, o a través de su influencia, o por sugerencias y correcciones: Patrick Henry Omlor, Padre James E. Wathen y los autores de la llamada «Intervención de Ottaviani», que primero confirmó mis sospechas sobre la nueva Misa. El Padre Anthony Cekada que ha revisado pacientemente y ha debatido cada problema que implica la teología del texto. Tom Nelson de TAN que ha sido un editor amable. El Padre Martin Stepanich, O. F. M., Zenon Kuzak y Robin Pannell que entre otros han apuntado los errores y sugerido las correcciones. Y finalmente a muchos otros que han hecho sugerencias, de quienes he aprendido, y que me han animado. Si no los menciono a todos, es sólo porque el espacio no lo permite.

«El Sacrificio de la Misa es y sigue siendo el centro de la Religión cristiana, el compendio de los ejercicios espirituales, el corazón de la devoción y el alma de la piedad. De aquí el poder siempre nuevo e infalible con el que el Santo Sacrificio de la Misa atrae a todos los corazones católicos y reúne a las naciones católicas alrededor de sus altares. Por doquier la Santa Misa conserva este poder magnético de atracción... El Santo Sacrificio de la Misa es el alma y el corazón de la liturgia de la Iglesia; es el cáliz místico que presenta a nuestros labios el fruto dulce de la pasión del Dios-hombre —esto es, la gracia».

— Padre Nicolás Gühr

El Santo Sacrificio de la Misa

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
La Misa católica	7
La Misa católica es un verdadero sacrificio	9
Una explicación adicional de la naturaleza de esta inmolación	10
Una breve historia de la Misa	14
¿Podemos perder la Misa?	17
LOS PROBLEMAS CON LA NUEVA MISA	19
Dos técnicas de supresión	22
Los Autores de la Nueva Misa	26
Por qué fue escrita la Nueva Misa	27
Aceptable a los protestantes	30
La Estructura de la Nueva Misa.....	32
El Ofertorio	35
Las Nuevas Plegarias Eucarísticas	38
La «Narrativa de la Institución»	43
Cambiando Las Palabras de Cristo	45
«Todos» por «Muchos».....	54
La Aclamación Memorial	56
El Cuerpo de Cristo	56
El Altar se Convierte en Mesa	57
El Sacerdote Mirando al Pueblo	59
¿Es Aceptable Una Consagración Dudosa?	61
El Sacramento de la Unidad	62
La Instrucción General	63
Definiendo la Nueva Misa	64
Una Instrucción General «Revisada»	67
A pesar de todo una Cena	68

A pesar de todo un Presidente	68
Perpetuando la Ambigüedad	70
Más «Charla de Mesa»	71
Una Concesión a los Conservadores.....	72
La Misa «Indulto»	73
¿Las Traducciones Infieles son Abusos?	75
Conclusión	79
¿El <i>novus ordo</i> es obligatorio y la misa tradicional está condenada?.....	84

INTRODUCCIÓN

«El que intenta apropiarse del Santo Sacrificio de la Misa de la Iglesia no urde una calamidad menor que si tratara de arrebatarse el sol del universo.»

—S. Juan Fisher¹
(1469-1535)

La Misa Católica

CUALQUIER DISCUSIÓN DE LA MISA CATÓLICA requiere un reconocimiento de su posición crucial en la Iglesia; así como un poco de comprensión de su naturaleza. Según S. Juan Crisóstomo (347-407), un Padre y Doctor de la Iglesia, cuando se dice la Misa:

Se abre una fuente de la que manan ríos espirituales —una fuente alrededor de la cual se sitúan los ángeles, mirando en la belleza de sus chorros, ya que ellos ven más claramente en el poder y santidad de las cosas que están por descubrir, y sus esplendores inaccesibles.²

S. Alfonso M. Ligorio (1696-1787) describió la Misa como «la cosa más hermosa de la Iglesia». ¿Y por qué? Porque «en la Misa, Jesucristo se dio Él Mismo a nosotros por medio del Santísimo Sacramento del Altar, que es el fin y el propósito de todos los demás Sacramentos».³ S. Leonardo de Puerto Mauricio llamó a la Misa «el único Sacrificio que nosotros tenemos en nuestra santa religión... un Sacrificio san-

¹ Rev. T. E. Bridgett, *Life of Blessed John Fisher* (Londres: Burns & Oates 1888). El Cardenal S. Juan Fisher fue martirizado, junto con Sto. Tomás Moro, por Enrique VIII en 1535.

² Citado por el P. Michael Müller, C.S.S.R., *God the Teacher of Mankind —The Holy Sacrifice of the Mass* (S. Luis: B. Herder Book Co., 1885).

³ S. Alfonso M. Ligorio, *The Holy Mass* (Londres: Benziger Brothers, 1887).

to, perfecto, en cada punto completo, por el que cada uno de los creyentes honra a Dios noblemente».⁴ El Padre Michael Müller, C.S.S.R. dice, «El Santo Sacrificio de la Misa es una de esas obras mayores que la omnipotencia de Dios no puede mostrar... Es una imposibilidad absoluta para cualquier entendimiento humano o angélico concebir una idea adecuada de la Misa. Todo lo que nosotros podemos decir es que su dignidad y santidad son infinitas».⁵ El Cura de Ars nos dice, «Todas las buenas obras juntas no son de igual valor que el Sacrificio de la Misa porque ellas son las obras del hombre, y la Santa Misa es la obra de Dios».⁶

El Padre Nicolás Gíhr, en su erudito y monumental estudio de la Misa, dice:

La celebración de la Misa es el servicio divino más digno y más perfecto, porque procura al Altísimo un culto y una veneración que millones de palabras serían incapaces de dar-Le... Es un Sacrificio único [y] aventaja infinitamente en valor y dignidad, en poder y eficacia, a todas las muchas oraciones de la Iglesia y los creyentes... Siempre que este sacrificio conmemorativo se celebra, la obra de redención se realiza... Es el alma y el corazón de la liturgia de la Iglesia; es el cáliz místico que presenta a nuestros labios el fruto dulce de la pasión del Dios-hombre —esto es, la gracia.⁷

El Papa Urbano VIII dijo de la Misa:

Si hay algo divino entre las posesiones del hombre, que los ciudadanos del Cielo podrían codiciar (si la codicia fuera posible para ellos), sería ciertamente el Santísimo Sacrificio de la Misa cuya bendición es tal que en él el hombre posee una cierta anticipación del Cielo mientras todavía está en la tierra, incluso tiene ante sus ojos y toma en sus manos al mismo Creador de Cielo y Tierra. Cuán grandemente tienen que esforzarse los mortales para que el privilegio más imponente se guarde con el culto y reverencia debidos, y tengan cuidado para que su negligencia no ofenda a los ojos de los ángeles que miran con adoración envidiosa.

⁴ S. Leonardo de Puerto Mauricio, *The Hidden Treasure* (Rockford, Illinois, TAN Books and Publishers, Inc., 1971).

⁵ P. Michael Müller, C.S.S.R., *op. cit.*

⁶ Dr. Nicolás Gíhr, *The Holy Sacrifice of the Mass* (S. Luis: B. Herder Book Co., 1929).

⁷ *Ibid.*

Declaraciones tales como la anterior son legión entre los escritos de los Santos, Doctores y escritores sagrados de la Iglesia; ellos reflejan la creencia constante de la Iglesia acerca de la naturaleza e importancia del Santo Sacrificio de la Misa.

La Misa Católica Es un Verdadero Sacrificio

La Iglesia Católica siempre habla de la Misa como Sacramento y como Sacrificio. El Concilio de Éfeso (431 d. C.) enseña que «Cristo se ha entregado por nosotros, una oblación y un Sacrificio a Dios por olor de dulzura». S. Cipriano (200-258) nos dice que «el derecho a celebrar el Santo Sacrificio constituye el adorno más hermoso y la guirnalda de honor del sacerdocio católico, y por esta razón la privación de este privilegio era considerada como el más severo y el más doloroso de los castigos». S. Ambrosio (340-397) nos dice que «los ángeles están presentes cuando estamos celebrando el Sacrificio, dado que usted no puede dudar que los ángeles estén presentes, cuando Cristo está allí, cuando Cristo está siendo sacrificado...» La Liturgia de Santiago dice: «Acallad toda carne mortal, permaneciendo [en el momento de la Consagración] en respeto y temor; porque el Rey de reyes, el Señor de los señores, Cristo nuestro Dios está a punto de ser sacrificado y ser administrado como alimento a los creyentes».⁸

Mas un sacrificio no puede suceder sin inmolación, u «ofrecimiento», de una víctima. Sto. Tomás de Aquino dice, «es apropiado a este Sacramento que Cristo deba ser inmolado en su celebración». (*Summa*, III, 83, 1). En el Sacrificio de la Cruz y el Sacrificio de la Misa, el sacerdote sacrificador primordial, a saber, Cristo, y el presente sacrificial son idénticos. Sólo la naturaleza y el modo de la ofrenda de los dos son diferentes. Todas y cada una de las Misas válidas recapitulan —hacen presente de nuevo— el mismo Sacrificio que ocurrió en el Calvario. La única diferencia es que el Sacrificio de Cristo en la Cruz era cruento, y el de la Misa es incruento. El sacrificio de la Cruz y el de la Misa son, no obstante, uno y el mismo Sacrificio. Como declara el *Catecismo del Concilio de Trento*:

La Víctima cruenta y la incruenta no son dos, sino una única Víctima, cuyo Sacrificio se renueva diariamente en la Eucaristía... El sacerdote tam-

bién es uno y el mismo, el Señor Cristo; porque los ministros que ofrecen el Sacrificio consagran los sagrados misterios no en su propia persona, sino en la de Cristo, como dejan claro las palabras mismas de la Consagración; porque el sacerdote no dice, «Éste es el Cuerpo de Cristo», sino, «Éste es Mi Cuerpo», y actuando así en la persona del Señor Cristo, él cambia la substancia del pan y el vino en la substancia de Su Cuerpo y Su Sangre.

Esta doctrina sobre la naturaleza inmolativa y verdaderamente sacrificial de la Misa está ligada a la conciencia católica, porque como los Cánones del Concilio de Trento declaran: «Si alguien dijera que en la Misa [es decir, en todas y cada una de las Misas] un verdadero y apropiado sacrificio no es ofrecido a Dios... ¡sea anatemado!»

Una Explicación Adicional de la Naturaleza de esta Inmolación

Se dice que el sacrificio inmolativo de Cristo es «perpetuo». Como el Padre M. Olier, el santo fundador de S. Sulpicio en París explica: «Para presentar el misterio del santo Sacrificio de la Misa, uno debe saber que este Sacrificio es el Sacrificio del Cielo... Un Sacrificio ofrecido en el Paraíso que, al mismo tiempo, se ofrece aquí en la tierra, y ellos sólo difieren en que aquí en la tierra el Sacrificio ocurre sin ser visto».⁹ A lo que el Padre Olier está refiriéndose se explica en la visión apocalíptica del Apóstol S. Juan en la que describe el sacrificio del Cordero, «matado» pero vivo y sentado en el trono, con los veinticuatro ancianos que lo adoran, con las melodías de arpa y con el perfume de incienso, mientras las multitudes de ángeles y todas las criaturas cantan la alabanza al Cordero y el eterno «Amén». (*Apoc.* 5:6-14). Como la Escritura enseña: «el Cordero... fue matado desde el principio del mundo» (*Apoc.* 13:8), este «Cordero, sin defecto ni mancha, ya conocido antes de la creación del mundo, pero manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro» (*1 Ped.* 1:19-20). Así en la Misa nosotros vemos el perpetuo Sacrificio Celestial del Cordero descendido del Cielo y presentado en el altar ante nuestros ojos. Como el Canónigo Smith nos dice, individuos santos tales como

⁸ Dr. Nicolás Gihir, *op. cit.* La Liturgia del Apóstol Santiago puede encontrarse en *The Anti-Nicene Fathers* (Eerdmans, 1967).

⁹ Citado por Gaby, *Le Sacrifice dans L'École Française de Spiritualité* (París, 1951).

El P. Condren, el Cardenal de Berulle, M. Olier y P. Lapin sostienen unánimemente que Cristo en el Cielo permanece haciendo eternamente una ofrenda externa y visible de Su sagrado Cuerpo, pero mientras que en el Calvario ese Cuerpo se destruyó en la muerte, en el Cielo es aniquilado, por así decirlo, en la gloria devoradora de la radiante vida divina.¹⁰

La Consagración y el Sacrificio efectuados por el sacerdote (que está en el lugar de Cristo) es, entonces, la manifestación visible de un acto eterno e intemporal. Después de la Consagración, como dice Guéranger en *El Año Litúrgico*, «¡el Cordero divino yace en nuestro altar!». Así vemos que la Misa es la realidad visible, aquí y ahora, de la Misa intemporal del Cielo, descrita en el *Apocalipsis*. A través de ella participamos en la Liturgia Celestial; a través de ella las puertas del Cielo se nos abren y la posibilidad de la vida eterna se hace accesible para nosotros.

El concepto de la Misa como la renovación del sacrificio de Cristo en la Cruz es importante si queremos entender por qué la Misa es llamada una «conmemoración». No es una conmemoración en el sentido en que nosotros conmemoramos la muerte del soldado desconocido, o incluso la muerte de un ser amado. Ésta es la creencia protestante, a saber, que la Misa es una «conmemoración» de la Crucifixión histórica. Antes bien, la Misa es una conmemoración en el sentido en que «hace volverse a la mente», en el sentido filosófico al que aludía el gran filósofo pagano Platón (427-347 a.C.), a un recuerdo de algo que tiene su propia realidad autoexistente, perpetua y eterna en el Cielo. De esta manera la Misa hace presente de nuevo lo que aconteció en el Calvario y que está ocurriendo eterna y perpetuamente en el Cielo. Esto, por supuesto, sólo puede ocurrir a través de la mediación de un sacerdote al que le ha sido dado el poder, como así era, «de traer el Cielo a la tierra».

Los protestantes y anglicanos (episcopalianos en América)¹¹ rechazan este dogma. Ellos niegan que haya ninguna acción immolativa (sacrificial) y por lo tanto ninguna PRESENCIA REAL. Mientras que los católicos veneran a las Sagradas Especies después de la Consagración de la Misa, los protestantes reconocen sólo pan y vi-

¹⁰ Canónigo George D. Smith, *The Teaching of the Catholic Church* (N. Y., Macmillan, 1949).

¹¹ Los anglicanos reconocen al Rey o la Reina de Inglaterra como la cabeza de su Iglesia. En el momento de la Revolución americana, los anglicanos de este país rechazaron este «encabezamiento» y se declararon episcopalianos.

no y por ello nos acusan de idolatría.¹² A pesar del hecho de admitir que el Sacrificio de la Cruz fue un verdadero Sacrificio, todavía insisten en que ocurrió por última vez, y que lo único que acontece o puede acontecer en la Misa diaria es una nueva narración a modo de historia de lo que ocurrió hace unos dos mil años. En sus ojos el rito es una mera «conmemoración» de este evento histórico, y, como tal, no requiere ni sacerdote ni especiales poderes sacerdotales para realizarlo. Como Lutero dijo, «La Misa no es un sacrificio... llámala bendición, Eucaristía, la mesa del Señor, la cena del Señor, la Memoria del Señor o cualquier cosa que gustéis, con tal de que no la ensuciéis con el nombre de un sacrificio o acción». En cuanto a los anglicanos o episcopalianos, el artículo treinta y uno de su «credo» declara que la Misa, tal como es entendida por el Concilio de Trento, es una «fábula blasfema y un engaño peligroso».¹³

Debido a la magnitud infinita de este Sacrificio immolativo de la Misa, la doctrina católica sostiene que la Misa es también y al mismo tiempo un sacrificio de alabanza, de acción de gracias, de propiciación (reparación, expiación, conciliación), y de impetración (petición).

La Misa es un *sacrificio de alabanza y adoración* porque

La celebración del Sacrificio eucarístico contiene una adoración infinitamente perfecta de Dios, porque es el Sacrificio que Cristo Mismo ofrece a Su Padre celestial. Ni es posible para el hombre crear un rito que sea un Sacrificio mayor de alabanza y adoración, porque es Cristo Mismo y el Espíritu Santo, actuando por medio de los Apóstoles, quien es el Autor de la Misa.¹⁴

Al mismo tiempo y del mismo modo, la Misa es un *sacrificio de acción de gracias*. «Ya que en la Santa Misa nosotros adoramos, alabamos y magnificamos a Dios por medio de Cristo y con Él, nosotros cumplimos de una manera perfecta el primer deber que como criaturas debemos al Creador —el deber de gratitud».

¹² Ellos describen con una amplia variedad de maneras la eficacia del pan y el vino usados en su servicio. Algunos admiten que Cristo está «subjetivamente» presente para el adorador (ver la discusión de NOBIS —«Por Nosotros»— más abajo en el texto) pero todos niegan cualquier «PRESENCIA» *objetiva*, independiente del adorador.

¹³ Los anglicanos y luteranos todavía dicen el Credo niceno que data de 325. Esta manifestación está tomada, sin embargo, de los «Treinta y nueve Artículos» a los cuales los anglicanos y episcopalianos deben dar su asentimiento «en el significado llano de las palabras».

¹⁴ Ambas citas son del P. Nicolás Gehr, *op. cit.*

Los protestantes están perfectamente dispuestos a reconocer que un servicio del culto sea descrito como un «sacrificio de Alabanza y Acción de gracias». Pero en esto es donde se detienen. Para ellos, afirmar que la Misa es más que esto es una blasfemia. La Iglesia insiste sin embargo en que la verdadera Misa es mucho más.¹⁵ Debido a su naturaleza fundamentalmente inmolativa, la Misa es, entre otras cosas, un «sacrificio propiciatorio»; él «propicia» (aplaca) el enojo y la justicia de Dios. Como dice el Padre Nicolás Gíhr, «Cristo sobre la Cruz se hizo merecedor para nosotros de todo el perdón del pecado, de la gracia de la santificación y de la beatitud eterna... Quienquiera que se aparta de este Sacrificio; quienquiera que a causa de la desobediencia y la incredulidad lo desprecia y lo rechaza, para él “ya no queda ningún [otro] sacrificio para los pecados, sino una terrible expectativa del juicio y la furia del fuego”». (*Heb.* 10: 26-27). Además, como acto de propiciación, la Misa «calma y apacigua el justo enojo de Dios, desarma Su justicia e induce al Señor a considerar al hombre pecador con favor y misericordia... Por consiguiente, como sacrificio propiciatorio, la Misa tiene el poder y, como consecuencia de la ordenanza de Cristo, tiene por objeto directa e infaliblemente —esto es, en el más estricto sentido *ex opere operato*— cancelar el castigo temporal».¹⁶ Es más, esta anulación del castigo temporal puede aplicarse tanto «a los vivos como a los muertos». Como S. Agustín dice, «no debe dudarse que los difuntos reciben ayuda de los que actúan en la Iglesia y del Sacrificio dador de vida».¹⁷ Para los vivos, este fruto sólo es concedido «a medias», pues en virtud del Sacrificio, la Eucaristía obtiene esta gracia para los pecadores sólo «si los encuentra dispuestos» (Sto. Tomás, *Sent.*, IV. 12, q.2, a.2.); para los muertos remite infaliblemente, pero no necesariamente del todo, sino sólo de acuerdo con el buen agrado de la Providencia.¹⁸ El Concilio de Trento sostiene que es *de fide* (es decir, parte de la Fe católica que debe creerse) que «la Santa Misa es un verdadero sacrificio propiciatorio... por los vivos y los muertos» y el Catecismo del Concilio de Trento declara que la Misa es «verdaderamente un sacrificio propiciatorio, por medio

¹⁵ Como los Cánones del Concilio de Trento declaran: «Si alguien dijera que el Sacrificio de la Misa es sólo un sacrificio de alabanza y acción de gracias... Sea anatema». Las oraciones eucarísticas del *Novus Ordo Missae* constantemente utilizan la frase (un sacrificio de alabanza y acción de gracias) sin referencia a los otros aspectos del sacrificio.

¹⁶ *Ex opere operato* significa literalmente «por su propio poder». Los defectos personales del sacerdote (suponiendo que está adecuadamente ordenado, usa un rito válido y tiene la intención correcta) o del comulgante no afectan a su «poder».

¹⁷ Confesiones I, 9, c. 11-12

¹⁸ Adolf Tanqueray, *A Manual of Dogmatic Theology* (Nueva York: Desclée 1959).

del cual nos reconciamos con Dios y recuperamos Su favor». La teología protestante niega específicamente tanto la naturaleza «propiciatoria» de la Misa, como la doctrina de Purgatorio.

Finalmente, la Misa se describe como un *sacrificio de impetración o súplica*, porque como el mismo Concilio declara, la Misa no sólo se ofrece por los pecados, castigos y satisfacciones, sino también para «otros remedios». El hombre, en unión al sacerdote que ofrece la Misa, puede esperar que sus demandas (con tal de que estén en conformidad con la voluntad de Dios) recibirán una respuesta apropiada. Y en vista de todo lo que se ha dicho anteriormente con respecto al poder y eficacia de la Misa, ¿cómo podría ser de otro modo?

Una Breve Historia de la Misa

No hay en la Misa Tradicional¹⁹ ninguna palabra ni frase, ni un solo acto del celebrante, ni ningún adorno del altar o del sacerdote, que carezca de significado. Eso conlleva naturalmente que cada palabra y acción del sacerdote también sean significantes. La Misa recapitula la historia entera de la Redención. Por ejemplo, cuando se hacen 33 signos de la cruz, es para conmemorar el número de años que Nuestro Señor pasó en la tierra. Cuando el sacerdote extiende sus manos sobre el cáliz mientras recita el *Hanc Igitur*, está recapitulando la acción del Sumo Sacerdote de los judíos que ponía sus manos sobre el chivo sacrificial para transferirle los pecados del pueblo. (El «chivo expiatorio», que prefigura a Cristo, era adornado con una cinta roja —como Cristo fue cubierto con mofa con una clámide roja durante Su proceso— y después llevado al desierto donde era despeñado desde un alto precipicio como sacrificio.) Cuando el sacerdote mira al altar durante el Sacrificio (excepto cuando se vuelve para traernos las bendiciones que proceden de allí), es porque la acción está ocurriendo sobre el altar, y el sacerdote es, como Cristo al cual representa, un Intermediario entre nosotros y Dios Padre. Si el altar mira tradicionalmente al Este, es

¹⁹ También llamada «la Misa de Todos los Tiempos» (porque se remonta a los Apóstoles en sus elementos esenciales —aunque es eterna en su naturaleza), la «Misa Tridentina» (sólo porque en el siglo XVI el Concilio de Trento [*Tridentum* en latín] ordenó «codificarla»), «la Misa de Pío V» (después del Papa que de hecho la «codificó» en 1570), y en ocasiones (pero vaga e incorrectamente) la «Misa latina» (incorrectamente, porque cualquier rito puede traducirse al latín y porque el propio *Novus Ordo Missae* se emitió originalmente en latín).

porque ésta es la dirección del Sol Naciente que, como la «la luz del mundo», es un símbolo de Nuestro Señor que es la verdadera «Luz del Mundo». En cuanto al altar (no es una «mesa»), nosotros sabemos por el rito tradicional de consagración de altares católicos que nuestro altar está vinculado al altar de Moisés y también al de Jacob (la almohada* de Jacob) —y que el altar eterno es, él mismo, el cuerpo de Cristo que está situado «en el centro del mundo» —el *axis mundi*— para que toda la creación sea, como era, periférica a la Misa «eterna» y capaz así de ser unificada a través de la acción divina. (Como dice Sto. Tomás en su Homilía para el Segundo domingo de Adviento, «Todas esas cosas que para nosotros son desatinadas, son atinadas para Él».) Si se usan seis velas en la Misa mayor, es porque esto representa la integración del Menorah judío, o candelabro de siete brazos, en el Sacrificio de Cristo Nuestro Señor, que es y substituye al central o Séptima Vela. Si el sacerdote se viste al modo real durante el rito, es porque representa a Cristo Rey. Ya no es un individuo (por ejemplo, «el P. Roberto», etc.), sino un *alter Christus*, «otro Cristo». El sacerdote no purifica sus manos en balde antes de realizar el Sacrificio, ni por vanas razones limpia el cáliz con cuidado exquisito después de consumir las Sagradas Especies. Ninguno de estos actos es invención de hombres. Como el Abad Guéranger dice: «estas ceremonias se remontan hasta los Apóstoles». De igual modo, encontramos a la gran autoridad sobre la Misa, el Padre Nicolás Gíhr, diciendo:

El ejemplo de Cristo era para los Apóstoles la norma en la celebración del Sacrificio. Ellos hicieron, primero, sólo lo que antes había hecho Cristo. Según Sus instrucciones y bajo la inspiración del Espíritu Santo, observaron además otras cosas, a saber, según las circunstancias ellos agregaron varias oraciones y observancias para celebrar los Sagrados Misterios tan digna y edificantemente como fuera posible. Esas partes constitutivas del rito sacrificial que se encuentran en todas las liturgias antiguas tienen su origen indiscutiblemente en los tiempos apostólicos y la tradición: los rasgos esenciales y fundamentales del rito sacrificial, introducidos y aumentados por los Apóstoles, estaban conservados con fidelidad y reverencia en las bendiciones místicas, el uso de las luces, el incienso, las vestiduras y muchas cosas de esa naturaleza que ella [la Iglesia] emplea por la prescripción Apostólica y por tradición...²⁰

* La piedra que utilizó Jacob como almohada durante el sueño en que tuvo la visión de la escala.

²⁰ Dr. Nicolás Gíhr, *op. cit.* Debe agregarse que la Revelación cristiana cesó con la muerte del último Apóstol, y no con la muerte de Cristo.

Mientras que a veces se agregaron ciertas oraciones a la Misa Tradicional, es bien conocido que su núcleo central o «Canon» permaneció fijo e inalterado desde los primeros días. Según Sir William Palmer, un historiador no católico:

No parece nada desatinado pensar que la Liturgia romana, como se usaba en tiempos de [el Papa San] Gregorio Magno [590-604], pudiera haber existido desde la más remota antigüedad, y quizás haya casi tan buenas razones por remitir su composición original a la Edad Apostólica...²¹

En cuanto a los hechos, la investigación histórica, tanto la católica como la protestante, ha mostrado que la Misa Tradicional data de antes de, al menos, el siglo cuarto. (Antes de ese tiempo, la Iglesia estaba sometida a una persecución severa, y por consiguiente los archivos históricos son escasos.²²) Desde entonces hasta 1962, cuando el Papa Juan XXIII agregó el nombre de S. José al Canon de la Misa, un total de 26 palabras se han agregado al Canon Tradicional, por los Papas S. León (440-461) y S. Gregorio Magno (590-604). De este modo, como el Concilio de Trento declara exactamente, el Canon «está compuesto por las mismas palabras del Señor, la tradición de los Apóstoles y las instituciones pías de los santos pontífices». En el curso de la historia se han hecho además algunas adiciones —aunque nunca ninguna resta. Como resultado, el Concilio de Trento ordenó que «todas esas adiciones deben ser quitadas, y que la Iglesia debe establecer firmemente el uso de la Misa como era en tiempos de S. Gregorio» (590-604).

Ésta es pues la Misa Tradicional. Ésta es «la Misa de Todos los Tiempos». Ésta es la Misa que fue «codificada» y «promulgada» por el Papa San Pío V en 1570 tras el Concilio de Trento. Ésta es la Misa que está protegida por su Bula Apostólica *Quo Primum* de esa misma fecha. Ésta es la Misa que Pablo VI cambió, porque, entre otras cosas, contenía «aspectos indeseables» y «no expresaba adecuadamente el significado de las cosas santas».²³

²¹ Citado por Patrick H. Omlor, *Interdum*, Edición No. 7, Menlo Park, CA.

²² Por otra parte hay considerables evidencias de que la Misa era considerada demasiado sagrada para ser puesta por escrito.

²³ Declaraciones hechas públicamente y referidas en el *Osservatore Romano* en el agradecimiento a los seis «observadores» protestantes por su ayuda en la formulación de la Nueva Misa (o *Novus Ordo Missae*) usada por la Iglesia en los tiempos posconciliares.

UNA ORACIÓN CATÓLICA TRADICIONAL PARA ANTES DE LA MISA

¡Oh! Dios mío, Padre Eterno y Omnipotente, yo Te ofrezco en unión con Tu Hijo Unigénito, Nuestro Señor Jesucristo, Su propia Pasión y muerte en la Cruz en este Santo Sacrificio de la Misa: en profunda ADORACIÓN de Tu Divina Majestad; en jubilosa ACCIÓN DE GRACIAS por todas Tus gracias y bendiciones; en humilde REPARACIÓN por mis innumerables pecados y los del mundo entero; y en ardiente SÚPLICA por Tu misericordia y gracia, así como por mis necesidades temporales y las de mis seres queridos y vecinos. ¡Oh Dios, ten misericordia de mí, pecador!

¿Podemos perder la Misa?

Si Satanás hubiera sido consciente de que Cristo es el Logos Divino [Segunda Persona de la Santísima Trinidad], nunca habría agitado para la Crucifixión. Es innecesario decir que cada Misa verdadera le recuerda de nuevo su terrible error al mismo tiempo que es un vehículo para conferir gracias infinitas sobre la humanidad. No es extraño que el diablo tenga un intenso odio a la Misa.

Siempre se ha vaticinado que la verdadera Misa nos sería arrebatada. Escuchemos las palabras de S. Alfonso M. de Ligorio:

El diablo siempre ha intentado, por medio de los herejes, privar al mundo de la Misa, haciéndoles los precursores del Anticristo quien, antes de nada, intentará abolir y abolirá efectivamente el Santo Sacrificio del Altar, como castigo por los pecados de los hombres, según la predicción de Daniel, «Y se hizo fuerza contra el sacrificio perpetuo». (Dan. 8:12)²⁴

Sobre lo mismo abunda el Padre Denis Fahey:

Toda la espantosa energía del odio de Satanás está especialmente dirigida contra el Santo Sacrificio de la Misa. En formación con él y animado con el mismo odio, hay un ejército de satélites invisibles de la misma naturaleza. Todos sus esfuerzos se dirigen a impedir su celebración exterminando el sa-

²⁴ S. Alfonso M. de Ligorio, *The Dignity and Duties of the Priest*, o Selva (Londres: Benziger Bros., 1889), pág. 212

cerdocio, y a restringir sus esfuerzos. Si Satanás no puede tener éxito anulando completamente el único y solo acto aceptable de culto, él se esforzará por limitarlo a las mentes y corazones de tan pocos individuos como sea posible.²⁵

El odio de los «Reformadores» del siglo XVI hacia la Misa Tradicional es bien conocido. Ante todo, aborrecieron cualquier sugerencia de que la Misa fuera un «Sacrificio inmolativo». Lutero lo llamó una «abominación», un «culto blasfemo y falso», e instruyó a los gobernantes bajo su influencia para «atacar a los idolatras» y para suprimir su culto en la medida de lo posible. Negó repetidamente su verdadera naturaleza sacrificial y sobre todo odió el «Canon abominable en el cual la Misa se hace sacrificio». De hecho, llegó a decir, «yo afirmo que todos los burdeles, los asesinatos, los robos, los crímenes, los adulterios son menos inicuos que esta abominación de la Misa Papista». Acerca del Canon o núcleo de la Misa, declaró:

«Ese Canon abominable es una confluencia de albañales de aguas fangosas, que ha hecho de la Misa un sacrificio. La Misa no es un sacrificio. No es el acto de un sacerdote que sacrifica. Junto con el Canon, nosotros desechamos todo lo que implica una oblación.»

En palabras que son casi proféticas hizo notar que «cuando la Misa haya sido destruida, creo que habremos destruido al Papado. Creo que es en la Misa, como sobre una roca, donde el Papado se apoya enteramente... todo se colapsará por necesidad cuando se colapse su sacrilega y abominable Misa».

Todos esto nos lleva a los problemas de la Nueva Misa.

Es bien conocido que el contraste de los católicos tradicionales es su negativa a participar en el Nuevo Orden de la Misa —el *Novus Ordo Missae*— como se estableció el 3 de abril de 1969, tras el Concilio Vaticano II. Por razones que luego se aclararán, es de suma importancia para nosotros repasar las razones de sus objeciones a este Nuevo Rito. El resto de este estudio intentará explicar y clarificar su actitud.

²⁵ Fr. Denis Fahey, *The Mystical Body of Christ and the Reorganization of Society* (Dublín: Regina Publications).

PROBLEMAS CON LA NUEVA MISA

EL NUEVO ORDEN DE LA MISA ha sido el sujeto de muchos libros críticos, artículos y folletos desde 1968. Con el interés renovado en la Misa latina tradicional, puede ser conveniente una vez más resumir algunos de los argumentos contra el Nuevo Rito para subrayar el hecho de que las objeciones de los católicos «tradicionales» a la Nueva Misa no están basadas en cuestiones de estética o nostalgia, sino más bien, y eminentemente lo más importante, en cuestiones de doctrina, pedagogía religiosa (instrucción) y validez.

La «Nueva Misa», o *Novus Ordo Missae* («Nuevo Orden de la Misa» ambos nombres se usarán alternativamente en este libro) fue ofrecida públicamente por primera vez en la Capilla Sixtina antes de un sínodo de obispos en octubre de 1967. En ese momento fue llamada *Missae Normativa*, o «Misa normativa». Los obispos presentes fueron consultados acerca de su opinión sobre si debería ponerse en práctica: 71 votaron sí; 62 votaron sí con reservas; y 43 la rechazaron categóricamente. Para adecuarse a los deseos de este último grupo, se hicieron varios cambios menores, incluyendo la restauración de dos de las oraciones tradicionales del Ofertorio.

Pablo VI promulgó la forma final de esta Misa como el *Novus Ordo Missae* en su Constitución Apostólica *Missale Romanum*, el 3 de abril de 1969. Unido a su Constitución Apostólica estaba un texto explicativo titulado la *Institutio Generalis* («Institución General»). Mientras que los obispos liberales estaban encantados, otros estaban lejos de ser complacidos. Los Cardenales Ottaviani y Bacci escribieron a Pablo VI en septiembre de 1967, manifestando que la «Nueva Misa» representaba, «tanto en su conjunto como en sus detalles, una notable desviación de la teología católica de la Misa tal como fue formulada en la Sesión XXII del Concilio de Trento». Junto con la carta, le presentaron el ahora célebre *Estudio Crítico del Novus Ordo Missae*, preparado por un grupo de teólogos romanos. En un esfuerzo por desviar las críticas hechas en este documento, el 26 de marzo de 1970 se emitió una Instrucción General revisada —pero no se hizo absolutamente ningún cambio en el texto real del *Novus Ordo Missae* mismo. Desde entonces, se han hecho algunos cambios menores en la Nueva Misa; la edición actual aparecía en 1975. Permítasenos examinar este Nuevo Rito con mayor detalle.

Si el *Novus Ordo Missae* (o «Nueva Misa») había de reflejar las creencias de la Iglesia posconciliar, así como las de nuestros «separados» hermanos protestantes, y al mismo tiempo permanecer aceptable a los católicos criados en la Fe Antigua, tenía que conseguir varios objetivos: 1) Tenía que evitar profesar demasiado abiertamente

en las nuevas doctrinas, aunque eliminando al mismo tiempo cualquier cosa que las contradijera. Asimismo, no podría negar ninguna doctrina católica directamente — sólo podría diluirla o expurgarla. 2) Tenía que introducir los cambios lentamente y guardar los suficientes adornos externos de un verdadero sacrificio para dar la impresión de que nada significativo había cambiado. 3) Tenía que crear un rito que por razones ecuménicas fuera aceptable para los protestantes de todo matiz y convicción, aunque todos ellos nieguen consistentemente que la Misa es verdaderamente el sacrificio incruento del Calvario y que un sacerdote «que sacrifique» es necesario para ofrecerlo. Y 4) Tenía que amortiguar la resistencia católica e introducir en las vidas de los creyentes las ideas modernistas promulgadas en consecuencia con el Vaticano II. La única manera en que la Nueva Misa podría conseguir todo esto estaba en el uso de la ambigüedad, la supresión y la traducción infiel.

No hay nada ambiguo en los ritos tradicionales de la Iglesia; y de hecho, la Misa es, como dicen los teólogos, un *locus* (fuente) primario de sus enseñanzas. A pesar de la laxitud del lenguaje moderno, no debemos olvidarnos de que la declaración ambigua es fundamentalmente deshonesta. Cada padre y cada madre sabe que cuando su hijo recurre al equívoco, está intentando esconder algo. Y cada sacerdote sabe de qué modo usan a veces los penitentes esta estrategia en el confesionario. Es aun más deshonesto, una vez el Magisterium de la Iglesia ha hablado daramente sobre un problema, tener a esos responsables de conservar el «Depósito de la Fe» usando el equívoco o la ambigüedad para encubrir un cambio en la creencia. Como dice el *Libro de los Proverbios*, «Dios odia una boca perversa». (*Prov.* 8:13).

En el siglo XVI, el Obispo Cranmer, reformador protestante, utilizaba la ambigüedad para establecer la secta protestante anglicana (episcopaliana) en Inglaterra. A la vez, el Pastor inglés Dryander escribió a Zurich, declarando que el primer *Libro de la Plegaria Común* albergaba «todo tipo de decepción por la ambigüedad o el fraude del lenguaje».²⁶ Según T. M. Parker, teólogo anglicano, el resultado neto era que

²⁶ Bard Thompson, *Liturgies of the Western Church* (Nueva York: New American Lib., 1974), pág. 236. La cabeza de la Iglesia anglicana es el Rey o la Reina de Inglaterra. Los cambios en su enseñanza o su liturgia tienen que tener la aprobación del Parlamento británico. En consecuencia los anglicanos americanos se encontraron en 1776 en una posición un poco embarazosa. Ellos resolvieron esto declarándose independientes de la realeza y el gobierno británicos y cambiando su nombre a Episcopalianos. Pero ningún cambio doctrinal o ritual de importancia estaba involucrado en esta transición.

El Primer Libro de la Plegaria de Eduardo VI no podía ser convicto de herejía manifiesta, porque fue tramado diestramente y no contenía ningún rechazo expreso de la doctrina de la prerreforma. Era, como lo expresó un erudito anglicano, «un ensayo ingenioso en ambigüedad», intencionalmente redactado de tal manera que el más conservador podía poner su propia interpretación en él y reconciliar sus conciencias usándolo, mientras los reformadores lo interpretarían en su propio sentido y lo reconocerían como un instrumento para impulsar la próxima fase de la revolución religiosa.²⁷

Aparte de la ambigüedad en el *Novus Ordo Missae*, uno debe considerar las numerosas supresiones que los innovadores posconciliares hicieron —de un 60 a un 80 por ciento del Rito Tradicional de la Misa fue eliminado, dependiendo de la Plegaria Eucarística que se use. Y estas supresiones precisamente son aquellas que Lutero y Cranmer habían hecho —aquellas que tienen que ver con la naturaleza sacrificatoria de la Misa. La ambigüedad, las supresiones y, finalmente, las traducciones infieles eran utilizadas para conseguir los propósitos de los innovadores.

El segundo requisito era la necesidad de que la Nueva Misa mantuviese los adornos externos de un rito católico. Una vez más, había precedentes suficientes.²⁸ Considérese la descripción siguiente del servicio luterano primitivo, como nos es dada por el gran erudito jesuita Hartmann Grisar:

Alguien que entrara en la iglesia parroquial de Wittenberg después de la victoria de Lutero, descubriría que se usaban para el servicio divino las mismas vestiduras de antaño, y oiría los mismos himnos latinos de antaño. La Hostia era elevada en la Consagración. A los ojos de las gentes era la misma Misa de antes, a pesar de que Lutero omitía todas las plegarias que presentaban la sagrada función como un Sacrificio. Las gentes eran mantenidas intencionalmente en la oscuridad sobre este punto. «Nosotros no podemos apartar a las gentes comunes del sacramento, y probablemente sea así hasta que el evangelio sea bien comprendido», decía Lutero. Explicaba el rito de la

²⁷ Citado en Michael Davies, *Liturgical Revolution —Cranmer's Godly Order* (Devon, Inglaterra: Augustine, 1976), pág. 99.

²⁸ El primer nuevo servicio [de Cranmer] en lugar de la Misa tenía que ser una especie que los hombres pudieran confundir con algo como la persistencia de la Misa en otra forma. Cuando ese simulacro hubiera hecho su trabajo y calibrada la resistencia popular, ellos podrían proceder al segundo paso y producir un Libro de Servicio final en el que no permanecería ningún rastro de las antiguas santidades. Hilaire Belloc, *Cranmer* (Filadelfia: Lippincott, 1931), pág. 246.

celebración de la Misa como «una cosa puramente externa», y dijo, además, que «las palabras condenables pertinentes al Sacrificio podían omitirse todas muy rápidamente, puesto que los cristianos ordinarios no notarían su omisión y de aquí que no hubiera ningún peligro de escándalo».

Los innovadores litúrgicos posconciliares siguieron el mismo patrón. Como los autores del *Estudio Crítico del Novus Ordo Missae* apuntaron, «habiendo quitado la piedra clave, los reformadores tenían que colocar un andamiaje». Uno se acuerda de la sentencia de Lenin: «Guardad la cáscara, pero vaciadla de contenido».

Después del Concilio Vaticano II, y siguiendo el modelo establecido por Lutero y Cranmer, se introdujeron cambios en la liturgia católica, al principio despacio, y después a un ritmo cada vez más rápido. Los que padecieron los primeros días del «*Aggiornamento*» recordarán los frecuentes cambios asignados. El Cardenal Heenan de Inglaterra da testimonio de esto, declarando que habríamos sido «conmocionados»²⁹ si todos los cambios hubieran sido introducidos de golpe. Los cambios vinieron, sin embargo, uno sobre otro, y si hemos de creer a la Jerarquía de la Iglesia, todavía hay más en perspectiva. Hay mucha palabrería hoy de «violencia institucional». Yo no puedo imaginar ningún ejemplo mejor de esto que la manera en que la «Nueva Misa» se forzó dentro de las tragaderas del laicado.

Dos Técnicas de Supresión

Los innovadores emplearon dos técnicas para depurar la Misa de doctrinas católicas —la omisión y la castración. Como se ha citado anteriormente, entre el 60 y el 80 por ciento de la Misa tradicional se suprimió. Yo le pido al lector que compare el Nuevo Orden de la Misa con el Rito Tradicional, como se encuentra en cualquier misal antiguo publicado durante los últimos 500 años —es decir, antes de 1960. (Los misales antiguos normalmente están en latín por un lado y en lengua moderna por el otro.) El número de oraciones desaparecidas es asombroso.

Están perdidas todas las oraciones dichas al pie del altar (nótese, la Misa Tradicional no se decía sobre una «mesa»), incluyendo el Salmo 42 y el *Aufer a nobis*. El aspecto personal de la confesión reflejado en la oración *Confiteor* es reemplazado por un truncado «Rito Penitencial» que hace hincapié en los pecados contra «nuestros hermanos y hermanas». La oración para la absolución (*Indulgentiam*) se omite.

²⁹ Carta pastoral, 15 de septiembre de 1969.

En el Ofertorio, el *Suscipe Sancte Pater*, el *Deus qui Humanae*, el *Offerimus tibi*, el *Veni Sanctificator*, el *Lavabo* (*Salmo 25*), y el *Suscipe Sancta* han desaparecido todos. Nótese cuántos conceptos doctrinales fueron proclamados claramente en estas oraciones, que parecen encontrar inaceptables los innovadores litúrgicos. Sólo el *In Spiritu Humilitatis* y el *Orate Fratres* se han mantenido, y esto, como veremos, por razones específicas. En el Canon, si el «presidente»³⁰ prefiere no usar «la Plegaria Eucarística N° 1» (que está falsamente etiquetada de Canon romano antiguo, y que, siendo la Oración Eucarística más larga, de hecho se usa raramente), se han anulado las siguientes seis oraciones antes de la muy cuestionable Consagración: *Te Igitur*, *Memento Domine*, *Communicantes*, *Hanc Igitur*, *Quam Oblationem* y *Qui Pridie*. Después de la Consagración se suprimen las siete plegarias siguientes, el *Unde et Memores*, *Supra quae Propitio*, *Supplices Te Rogamus*, *Memento Etiam, Nobis quoque Peccatoribus*, el *Per Quem haec Omnia* y el *Per Ipsum*. Por si esto no fuera suficiente, también han sido suprimidas las siguientes plegarias usadas a continuación del «Padrenuestro»: a saber, el *Panem Coelestem*, *Quid Retribuam*, el segundo *Confiteor*, el *Misereatur* y el *Indulgentiam*. También se ha eliminado el triple *Domine Non sum Dignus*, el *Corpus Tuum*, el *Placeat Tibi* y el último Evangelio. De nuevo, se deben considerar los innumerables conceptos doctrinales que se han echado en el olvido por estos cambios —y por encima de todo, cualquier referencia a la Misa como siendo un sacrificio immolativo y la necesidad de un verdadero sacerdote sacrificador para ofrecerla. Y esto sin mencionar las genuflexiones, las Señales de la Cruz, las bendiciones, las reverencias al Sagrario, los besos al altar y otras acciones del sacerdote que también se han cancelado. Demasiado para la primera técnica de supresión, a saber, la omisión positiva.

Un ejemplo excelente de la segunda técnica de supresión —es decir, el uso de la castración— es proporcionado por los cambios hechos en la plegaria *Libera nos* que sigue al «Padrenuestro». En el Rito Tradicional se lee

Te rogamos, Señor, que nos libres de todos los males pasados, presentes y futuros; y por la intercesión de la santa y gloriosa siempre virgen María, Madre de Dios, con Tus santos Apóstoles Pedro y Pablo, Andrés y todos los santos, concédenos propicia paz en nuestros días, para que, ayudados de Tu

³⁰ Al referirnos al sacerdote como un «presidente» estamos siguiendo sólo el modelo establecido por la Nueva «Instrucción General» de la Misa (ver después en el texto).

misericordia, vivamos siempre libres de pecado y seguros de toda perturbación...

Ahora se lee:

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

Nótese que se han eliminado las referencias a la Bienaventurada Virgen, los Apóstoles y todos los santos. Parecería de esto que su intercesión ya no se requiere —probablemente porque ofendería a las sensibilidades protestantes y así frustraría el intento «pastoral» del rito.

Nótese que tanto en la técnica de ambigüedad como en la de eliminación los innovadores no pueden ser acusados de «cambiar» directamente la enseñanza católica —sólo de ignorarla. Este patrón es constante a lo largo de la Nueva Misa: todas las referencias claras a la naturaleza propiciatoria (que expía) e impetratoria (que ruega) de la Misa están eliminadas. Toda referencia explícita al sacrificio inmolativo de una víctima y a la Presencia Real es anulada. El residuo es meramente un «sacrificio de alabanza y acción de gracias», tal como encuentran aceptable los protestantes. Mientras que es verdad que los adultos, bien formados en la Fe católica, pueden tener algún grado de protección de las ambigüedades y supresiones en la Nueva Misa, pero recordando también la conexión muy directa e importante entre plegaria y creencia —bellamente expresada en la famosa y concisa expresión latina, *Lex orandi, lex credendi* («la manera de orar es [lleva a] la manera de creer») — debemos preguntar ¿CÓMO pueden evitar nuestros hijos tener sus creencias religiosas neutralizadas por un rito en el que se ha eliminado la mención de los elementos de expiación y sacrificio?

* * *

Mientras que la mayoría de los católicos, acostumbrados a confiar en lo que Roma ha prescrito, estuvieron de acuerdo con los cambios litúrgicos, otros protestaron

fuertemente. Petición tras petición fue enviada a Roma, y todas fueron ignoradas persistentemente.³¹ (Algunos católicos conservadores todavía están intentando efectuar los cambios en la Nueva Misa por este método evidentemente fútil). Pablo VI, al parecer deseando fomentar la Revolución Litúrgica sin perder ningún creyente, dio sus usuales respuestas contradictorias. Nos dijo por un lado que el Nuevo Orden de la Misa había cambiado de «un modo asombroso y extraordinario», que «era singularmente nuevo» y que «la innovación más grande [él usó la palabra “mutación”] estaba en la Plegaria Eucarística».³² Por otro lado, encontró necesario asegurarnos repetidamente que «nada había cambiado en la esencia de la Misa tradicional».³³ Otro testigo era más honrado y sincero. El Padre Joseph Gelineau, S.J., uno de los *periti* («expertos» consejeros teológicos) conciliares, declaró sin ambages que el resultado final de todos los cambios en la liturgia era «una liturgia diferente de la Misa». Él continuó: «Hay que decir esto sin ambigüedad: el rito romano como nosotros le conocimos ya no existe. Ha sido destruido».³⁴ El Cardenal Benelli, uno de los arquitectos principales de la nueva liturgia, declaró que la nueva liturgia refleja una «nueva eclesiología».³⁵ El liturgista Padre Louis Bouyer opinó que «La liturgia católica ha sido derrocada bajo el pretexto de hacerla más compatible con la perspectiva con-

³¹ Un grupo de 400 peregrinos caminó de París a Roma para pedir a Pablo VI que les concediera permiso para usar la Misa Tradicional, es decir la llamada Misa «Tridentina». Él estaba demasiado ocupado para verlos. Después, se supo que en el momento de su llegada estaba atendiendo al equipo belga de fútbol.

³² «Habría que entender bien los motivos para semejante gran cambio introducido [en la Misa]... Ello es la voluntad de Cristo. Es el aliento del Espíritu que llama a la Iglesia a esta mutación...» (Audencia general, 26 de Noviembre de 1969). Según el abogado Canónico Hermano Capello, una «mutación» que fuera sustancial en la forma de un Sacramento lo invalidaría. *De Sacramentis* [Roma: Marietti, n.d.], pág. 33.) Cf. también *Missale Romanum* de Pablo VI, el 3 de abril de 1969.

³³ *Documentos sobre la Liturgia 1963-1979, Textos Conciliares, Papales y Curiales* (Collegeville, MN.: The Liturgical Press, 1983), párrafo 1757. Esta colección se cita de ahora en adelante como «DOL» [Documents on the Liturgy], seguido por un número del párrafo.

³⁴ Michael Davies, *Liturgical Revolution —Pope Paul's New Mass* (Dickinson, TX: Angelus Press, 1980), p. 17 (citado de ahora en adelante como “PPNM”).

³⁵ *Christian Order*, Octubre de 1978. La cita completa es de interés. Informando sobre una conversación: «Al final, el Dr. Saventham preguntó al prelado si no podría ser permitida la liturgia tradicional al lado de la nueva. La respuesta fue turbadora: “¡Señor, todas estas reformas van en la misma dirección, mientras que la vieja Misa representa una eclesiología diferente!”. El Dr. Saventham dijo: “¡Monseñor, lo que usted ha dicho es una atrocidad!”. Poco después de esto Benelli era hecho Cardenal por Pablo VI, y Michael Davies lo describe como «un portavoz más autoritario para la Iglesia posconciliar».

temporánea».³⁶ Finalmente, el Arzobispo Bugnini, funcionario ejecutivo de Pablo VI en la creación del *Novus Ordo Missae*, describió el resultado como «una nueva canción» y como «la conquista de la Iglesia».³⁷ A pesar de todo esto, Pablo VI, insistió: «Estad muy seguros de una cosa: nada substancial de la Misa tradicional ha sido alterado». (DOL., No. 1759). No había ninguna disminución o disculpa, o cambio en la Nueva Misa, para complacer las quejas legítimas de los católicos perspicaces, preocupados, o para contestar las muchas quejas publicadas sobre los problemas de la Nueva Misa. Estos cambios —que apropiadamente se han llamado «La Revolución Litúrgica»— devinieron un *fait accompli*.

Los Autores de la Nueva Misa

Nosotros sabemos que finalmente el Espíritu Santo es el autor de la Misa Tradicional, «la cosa más hermosa de este lado de Cielo», como el P. Frederick Faber la llamó. Según el Concilio de Trento, la parte central de la Misa, llamada Canon, «Está compuesto de las palabras mismas del Señor, de las tradiciones de los apóstoles y de las piadosas instituciones de los santos Pontífices». El núcleo del Canon se remonta al menos a la mitad del siglo cuarto. Antes de ese tiempo, los archivos históricos son escasos, porque la Iglesia estaba bajo persecución. (La última de las 10 grandes persecuciones romanas acabó en 304.) Sin embargo, como el historiador anglicano Sir William Palmer declara, «hay buenas razones para remitir su composición original a la Edad Apostólica». El Canon fue considerado tan sagrado que los primeros sacramentarios lo escribieron en tinta de oro y los teólogos medievales se refirieron a él como el «Santo de los Santos». No es de extrañar que el Padre Louis Bouyer dijera una vez, «desecharlo sería un rechazo de cualquier demanda por parte de la Iglesia romana a representar la verdadera Iglesia católica». En cuanto a las plegarias y ceremonias que rodean al Canon, están todas sacadas de la Escritura y/o la Tradición.

³⁶ P. Louis Bouyer, *Religieux et Clerics Contra Dieu* (París, 1975), citado por Michael Davies, *PPNM*. El P. Bouyer, un convertido del luteranismo, inicialmente apoyó la reforma litúrgica, pero pronto llegó a la conclusión de que el proceso había ido demasiado lejos.

³⁷ *Notitiae*, Abril de 1974, p. 126: ver también P. Coughlan, *The New Eucharistic Prayers* (Londres, 1968), p. 5.

Cuando llegamos al *Novus Ordo Missae*, nosotros también conocemos a sus autores. Mientras que Pablo VI era formal y jurídicamente el responsable, fue compuesto de hecho por un comité llamado Concilium que consistía en unos 200 individuos muchos de los cuales habían hecho las veces de *periti* («expertos») Conciliares durante el Concilio Vaticano II. A su cabeza estaba el Arzobispo Annibale Bugnini cuyas conexiones francmasónicas están virtualmente fuera de discusión. El Concilium fue auxiliado por seis «observadores» protestantes, a quienes Pablo VI dio las gracias públicamente por su ayuda en la «reedición, de una manera nueva, de los textos litúrgicos... a fin de que la *lex orandi* (la norma de orar) se conforme mejor con la *lex credendi* (la norma de creer)». Como previamente hemos citado, nosotros estamos forzados aceptar que o la *lex orandi* anterior a esta época no se conformaba muy bien a la *lex credendi* —o bien que la *lex credendi* fue cambiada. ¿Y desde cuándo la Iglesia necesitó la ayuda de protestantes, herejes —hombres que por definición rechazan su enseñanza— para asistirle en la formulación de sus ritos? Considerado el fondo de esos responsables de la creación de la Nueva Misa y considerando su notable desviación en el asunto y representación de la Misa Tradicional (como veremos más plenamente debajo), a pesar del uso blando en la Nueva Misa de frases escriturarias, uno puede cuestionar seriamente si el Espíritu Santo tuvo algo que ver con su creación.

Por qué fue Escrita la Nueva Misa

La pretensión de que el laicado había exigido la «renovación» de la Misa —que es lo que nos habían predicado a todos nosotros cuando los cambios litúrgicos estaban teniendo lugar durante los años 60— nunca se ha probado. Sin embargo después, los revolucionarios siempre intentan promulgar sus esquemas dictatoriales «en nombre del pueblo». Entonces ¿por qué todos los cambios? Y éstos, no sólo en el rito de la propia Misa, sino también en todo lo que sustentaba ese rito —los altares convertidos en mesas, los sagrarios cambiados de sitio, el sacerdote mirando a la congregación, la barandilla del presbiterio quitada, la mesa puesta en un más nivel bajo, la eliminación de los seis candelabros de la Misa Mayor, la colocación de la mesa más cerca del pueblo e incluso en medio de él, la eliminación virtual de servidores, etc.— la lista aumenta sin parar.

Según las declaraciones de Pablo VI, los cambios se hicieron: 1) para acercar la liturgia de la Iglesia a la mentalidad moderna; 2) en obediencia al mandato del Vaticano II; 3) para tomar conocimiento del progreso en los estudios litúrgicos; 4) para volver a la práctica primitiva; y 5) por razones «pastorales». Permítanos, a su vez, considerar cada uno de estos puntos.

La primera razón no es sino una manera de expresar el principio de *Aggiornamento* —de acercamiento al mundo moderno, su antropocentrismo (hombrecentrismo) y su pensamiento utópico, sus ideas falsas de progreso y evolución como aplicadas a la verdad misma, en el seno de la Iglesia. Como Pablo VI dijo, «Si el mundo cambia, ¿no debería cambiar también la religión?... es por esta misma razón que la Iglesia tiene, especialmente después del Concilio [Vaticano II], tantas reformas emprendidas...» (Audiencia general, el 2 de julio de 1969). Se ha olvidado el principio de que el mundo debe tomar como modelo a la Iglesia, y no al revés. ¿Debe el padre del hijo pródigo unirse a su hijo en la dilapidación de los tesoros de la familia, y no debe el hijo volver al seno de su padre y al uso racional de su patrimonio?

La segunda razón: *La Constitución sobre la Sagrada Liturgia* del Concilio Vaticano II recomienda que el rito de la Misa se revise «de acuerdo con la sana tradición». También dice que la liturgia está hecha de «elementos invariables instituidos divinamente, y de elementos sujetos al cambio». Ciertamente los «elementos invariables» se refieren al Canon venerable, y sobre todo a la forma (las palabras de Consagración) y la substancia del Sacramento mismo. De hecho, semejante opinión se refuerza si uno lee el Diario del Concilio que declara que los Padres insistieron en que el Canon de la Misa especialmente debe permanecer intacto (5 de Noviembre de 1962).

No obstante, si se compara el *Novus Ordo Missae* con el Rito Tradicional, pronto se encuentra que pocos de los artículos, si es que hubo alguno, fueron considerados verdaderamente invariables. Además, el original latino del Nuevo Misal de Pablo VI está cargado con «opciones»,³⁸ y cualquier reflexión de la doctrina católica encontrada dentro de él fue pronto borrada por las traducciones en lengua vernácula — traducciones sancionadas por las directrices oficiales de Roma. Ciertamente, palabras tales como «Aleluya» no se pusieron en lengua vernácula, y ciertas oraciones como el «Padrenuestro» quedaban intactas. Pero éstas eran, en todo caso, siempre aceptables

³⁸ Éstas «opciones» encerraban a menudo ideas tradicionales. Éste era un método hábil para permitirles afirmar a los apologistas posconciliares que el Nuevo Rito todavía era ortodoxo, aunque al mismo tiempo garantizaba virtualmente que nadie utilizaría estas «opciones» en la liturgia cotidiana.

para los protestantes. Sin embargo una cosa está clara: a pesar de las muchas «bombas de relojería» (como Michael Davies las llama) en la Constitución sobre la Liturgia, ninguno de los Padres en el Vaticano II —excepto los que estaban «en el ajo» —previó los cambios radicales en la Misa que seguirían como un «mandato» de este Concilio.³⁹

Con respecto a la tercera razón para los cambios litúrgicos, es decir, «el progreso en los estudios litúrgicos», uno presume que Pablo VI estaba refiriéndose a las voluminosas producciones modernistas que llenan las publicaciones litúrgicas del periodo inmediato pre y posconciliar. Sin embargo, dar el nombre de «progreso» a estas producciones pseudoeruditas —todas persiguieron fomentar la revolución litúrgica— es simplemente un abuso del idioma. También lo es olvidarse de la tremenda erudición legítima que precedió la codificación de la Misa por el Papa S. Pío V en 1570.

Con respecto a la cuarta razón, es decir, «un retorno a la práctica primitiva», es difícil entender por qué precisamente aquéllos que adaptarían nuestra fe al mundo moderno nos harían al mismo tiempo volver a la práctica primitiva. Semejante esfuerzo, como quemar una vela por ambos extremos, pronto deja muy poco del original en el medio. Además de esto, el único documento antiguo con alguna importancia real que ha salido a la luz desde el tiempo del Papa San Pío V es la *Tradición Apostólica* de Hipólito, y de ella tenemos sólo una versión parcial y reconstruida del documento original.⁴⁰ Además, Hipólito era un cismático y un antipapa cuando lo escribió —y a pesar de esto, como veremos más abajo, fue *drásticamente reescrito* por los liturgistas posconciliares para ponerlo de acuerdo con las teologías protestante y modernista. Tal es el caso que el Padre John Barry Ryan llama al resultado una completa «nueva creación».⁴¹ La otra oración antigua incorporada en el *Novus Ordo Missae* es lo que el Padre Jungmann llama una «reconstrucción... probablemente las mismas palabras usadas en la bendición del pan y del vino en una comida judía en

³⁹ Por ejemplo, el Arzobispo R. J. Dwyer de Portland, Oregón, dijo: «¿Quién soñó en ese día [cuando los Padres del Concilio votaron la *Constitución sobre la Liturgia*] que en unos años, menos de una década, el pasado latino de la Iglesia sería casi expurgado, y que se reduciría a una memoria que se marchita a medio plazo? El pensamiento de ello nos habría horrorizado, pero parecía más allá del reino de lo posible por lo ridículo. Así que, entonces, nos reímos».

⁴⁰ Para detalles sobre esto, ver mi artículo «The Post-Conciliar Rite of Holy Orders», *Studies in Comparative Religion*, v. 16, nos. 2 y 3. Disponible por la Sociedad de S. Pío V, 8 Pond Place, Oyster Bay Cove, N.Y. 11771.

⁴¹ P. John Barry Ryan, *The Eucharistic Prayer* (Nueva York: Paulist Press, 1974), pág. 26.

tiempos de Cristo».⁴² Efectivamente, esto es cierto. Cualquiera que haya asistido a un banquete judío está familiarizado con la frase «Bendito seas Tú, Oh Señor, Dios de toda la creación...» Son las gracias judías dichas por el Rabino antes de las comidas mientras parte el pan.

La última razón de Pablo VI para los cambios litúrgicos era «pastoral». Hasta donde yo puedo determinar, ni él ni el Concilio definieron nunca este término. En el «doble lenguaje» de la Iglesia posconciliar, nosotros bien podemos preguntar, exactamente ¿qué significa «pastoral»? La respuesta puede encontrarse en la «Carta a los presidentes de los concilios nacionales de obispos concerniente a las plegarias eucarísticas», enviada por la Sagrada Congregación para el Culto Divino:

La razón por la cual se ha ofrecido semejante variedad de textos (refiriéndose al número de Plegarias Eucarísticas en la Nueva Misa), y el resultado final que se ha pretendido lograr con tales formularios nuevos, son de naturaleza pastoral: a saber, reflejar la unidad y la diversidad de la plegaria litúrgica. Al usar los diversos textos contenidos en el nuevo Misal romano, las diferentes comunidades cristianas, cuando se reúnen para celebrar la Eucaristía, son capaces de sentir que ellas mismas forman la Iglesia una que ora con la misma fe, que usa la misma plegaria.

En otras palabras, nosotros podemos concluir que el «intento pastoral» era y es crear un servicio que cualquier persona cristiana pueda usar —para fomentar ese ecumenismo y «unidad» que la Iglesia posconciliar cree y enseña es su «misión interna».

Aceptable a los protestantes

Ahora, el problema real para los innovadores no era si el Nuevo Orden de la Misa mantenía lo bastante de su carácter católico como para ser aceptable al creyente católico, sino si era suficientemente «ecuménica» como para satisfacer a los protes-

⁴² P. Joseph Jungmann, S.J., *The Mass* (Collegeville, MN.; Liturgical Press, 1975), pág. 190. El P. Jungmann era un miembro del revolucionario Concilium litúrgico y aprobó totalmente los cambios hechos en la Misa.

tantes de convicciones liberales y conservadoras. Aquí la respuesta era un clamoroso «¡Sí!». Permítasenos escuchar al Consistorio Superior de la Iglesia de la Confesión de Augsburgo de Alsacia y Lorena, una importante autoridad luterana. El 8 de diciembre de 1973, ellos reconocieron públicamente su voluntad de tomar parte en la «celebración eucarística católica» porque ello les permitía «usar estas nuevas plegarias eucarísticas con las cuales se sentían en casa». ¿Y por qué se sentían en casa con ellas? Porque ellas tenían «la ventaja de dar una interpretación diferente a la teología del sacrificio» que ellos estaban acostumbrados a atribuir al catolicismo. Los luteranos, los anglicanos y una amplia variedad de otras sectas no sólo encuentran la Nueva Misa aceptable, muchos de ellos han cambiado de hecho sus propios ritos para ponerlos de acuerdo con ella. Para entender por qué, permítasenos volver a un teólogo protestante francés:

Si se tiene en cuenta la evolución decisiva en la liturgia eucarística de la Iglesia católica, la opción de sustituir por otras plegarias Eucarísticas el Canon de la Misa, la supresión de la idea de que la Misa es un sacrificio y la posibilidad de recibir la comunión bajo ambas especies, entonces no hay más justificación para las Iglesias Reformadas que les prohíben a sus miembros que asistan a la Eucaristía en una iglesia católica.⁴³

Ahora hay algo un poco sorprendente en todo esto. Permítasenos recordar que los anglicanos (llamados episcopalianos en América) oficialmente consideran la enseñanza católica en la Misa como una «fábula blasfema»⁴⁴, y que los luteranos creen que la Misa no es ni un sacrificio ni el acto de un sacerdote sacrificador. Lutero, de hecho, llamó al Canon «una confluencia de albañales de aguas fangosas...» peor que «todos los burdeles, asesinatos, robos, crímenes y adulterios». Aun más sin rodeos, Lutero dijo de su propia «nueva misa»: «Llamadla bendición, eucaristía, la mesa del Señor, la cena del Señor, el memorial del Señor o cualquier nombre que queráis, con tal de que no la ensuciéis con el nombre de un sacrificio o de un acto».⁴⁵

⁴³ Le Monde, Sept., 1970.

⁴⁴ Cf. página 7, nota a pie de página 13. Artículo XXXI de los Treinta y nueve Artículos.

⁴⁵ Estas frases serán muy familiares a los católicos posconciliares. Es pertinente que Lutero nos diga que fue Satanás quien lo convenció de que la Misa no era un verdadero Sacrificio, y que venerando el pan, él era culpable de idolatría. Satanás se le apareció y le dijo: «Escúchame, doctor sabio, durante quince años has sido un horrible idólatra. ¿Y si el cuerpo y sangre de Jesucristo no están allí presentes, y que adoraste e hiciste adorar a otros pan y vino? Y si tu ordenación y consagración fueran tan invá-

El *Estudio Crítico del Novus Ordo Missae* de los teólogos romanos, mencionado antes, también explica precisamente por qué el *Novus Ordo Missae* es tan aceptable a aquellos que rechazan toda creencia en un Sacrificio inmolativo:

La posición del sacerdote y el pueblo está alterada, y el celebrante aparece como nada más que un ministro protestante... Por una serie de equívocos el énfasis se pone obsesivamente en la «cena» y el «memorial», en lugar de en la renovación del incruento Sacrificio de Calvario... Nunca se alude a la Presencia Real de Cristo y la creencia en ella se repudia implícitamente... Tiene todas las posibilidades de satisfacer al más modernista de los protestantes.

Veremos si esta declaración está justificada cuando llevemos nuestra investigación del propio rito.

La Estructura de la Nueva Misa

La Misa Tradicional está dividida en dos partes: «la Misa de los Catecúmenos» y «la Misa de los Fieles». Como el *Misal de S. Andrés* declara, «Los catecúmenos, cristianos por deseo y creencia, podían tomar parte en las oraciones y cantos de los fieles, escuchar con ellos las lecturas y enseñanzas, pero como ellos no estaban bautizados todavía, no podían participar o estar presentes en la Misa. Ellos eran despedidos antes del Ofertorio».

La Nueva Misa también está dividida en dos secciones, «la Liturgia de la Palabra» y «la Liturgia de la Eucaristía». La primera corresponde aproximadamente a la Misa de los Catecúmenos, pero se ha alterado para ponerla completamente de acuer-

lidas como es falso ese sacerdote del turco y del samaritano, y su culto impío... ¡Qué sacerdocio es ese! Yo mantengo, entonces, que tú no has consagrado en la Misa y que has ofrecido y has hecho a otros adorar simple pan y vino... Entonces, si no eres capaz de consagrar y no has de intentarlo, ¿qué haces mientras dices misa y consagras, sino blasfemar y tentar a Dios?» Lutero reconoció al final de esta disertación que él fue incapaz de contestar a los argumentos de Satanás, y dejó de decir la Misa inmediatamente. Los detalles están disponibles en la *Vida de Lutero* de Audin, y se cita por el P. Michael Müller, C.S.S.R., *God the Teacher of Mankind—The Holy sacrifice of the Mass* (St. Louis: B. Herder, 1885), pág. 482.

do con la teología protestante. Las Oraciones al Pie del Altar han desaparecido. Después de que el «sacerdote-presidente» saluda a los feligreses, se empieza con una confesión truncada. A los católicos posconciliares se les niega la fórmula de absolución que sigue al Tradicional *Confiteor* —el *Indulgentiam*... que es capaz de dar la absolución para esos pecados veniales en los que incluso los más buenos de nosotros caemos.⁴⁶ (Considerando la naturaleza augusta de la verdadera Misa, lo único apropiado es que el laicado no sólo debe estar en estado de gracia, es decir, no tener ningún pecado mortal en sus almas, ellos también deben estar absueltos igualmente de sus pecados veniales.) El Gloria todavía se permite en domingos y algunos días de fiesta, pero falsa e incompletamente traducido —con el falso concepto de que la paz está disponible para «todos los hombres», y no sólo para los de buena voluntad, como el *Gloria* tradicional declara. (Se argumentará que la versión latina que se encuentra en el Nuevo Misal de Pablo VI está inalterado, pero en el orden práctico, el latín ya no es utilizado realmente como lengua litúrgica en gran amplitud. Por consiguiente, el pueblo casi nunca lo comprende.)

La característica principal de «la Liturgia de la Palabra» (que en la Nueva Misa se supone que corresponde a la «Misa de los Catecúmenos») es la lectura de la Escritura —pero de tal manera que lleva a uno a creer que es la Escritura, en lugar de las Sagradas Especies o la Eucaristía, lo que es la Palabra de Dios hecha carne. Las lecturas se toman de las nuevas, ecuménicas y frecuentemente falsas traducciones de la Biblia. Además, son parte de un ciclo trianual, en lugar de un ciclo anual, como en la Misa Tridentina, y por consiguiente apenas puede llamarse «fijo», porque el Nuevo Leccionario permite una multitud de opciones que pueden seguirse a discreción del celebrante. El ciclo de un año usado en la Misa Tradicional es de gran antigüedad, habiendo sido establecido por el Papa S. Dámaso (366-384), (conocido por la frase «dejadnos guardar la fe de S. Dámaso»). Lecturas oídas cada año en la Misa católica Tradicional devienen parte de la conciencia que tiene el católico de la Sagrada Escritura. Aquéllas basadas en un ciclo trianual, incluso aparte del problema de las «opciones» permitidas al celebrante, lo más probablemente nunca lo harán ya que muy raramente ocurrirá que sean recordadas con facilidad.

La Escritura en la Nueva Misa es seguida por una «homilía», que, de acuerdo con la práctica protestante, casi siempre deviene el centro del Nuevo Rito. En el Rito

⁴⁶ El P. Jungmann explica que esta oración simplemente es una confesión de que nosotros somos pecadores, «y que el *Misereatur* fue guardado, como esta oración, diferente del *Indulgentiam*, podría decirse por cualquier hombre común». *The Mass*, pág. 167.

Tradicional, el sacerdote era litúrgicamente hablando un «nadie» —su propia personalidad realmente no cuenta para nada. Antes de todos los cambios en la liturgia, uno nunca persó en preguntar quién estaba diciendo la Misa. Pero en el *Novus Ordo Missae*, la personalidad del sacerdote deviene importantísima; su alocución es significativa, y las personas eligen a menudo a qué servicio asistirán dependiendo de *quién* esté celebrando. Esta práctica por católicos que asisten a la Nueva Misa tiene además el resultado de proveer a todos con una selección de formularios «liberales» o «conservadores», y así, en efecto, la Nueva Misa divide grandemente a la Iglesia militante en varios campamentos de creencia.

La «Liturgia de la Palabra» concluye con el *Credo* —que los anglicanos y luteranos también mantienen— pero traducido en lengua vernácula con el comunitario «Creemos», en lugar de «Creo» (que es exactamente lo que significa *credo* en latín), para que no sea ahora tanto un «*Credo*» («Creo») como un «*Credimus*» («Creemos»). El reverenciado término «consustancial»⁴⁷ está ausente de esta declaración de fe.

Todos estos cambios en lo que se llamaba la Misa de los Catecúmenos, por muy ofensivos que sean, de ninguna manera afectan al Sacrificio mismo. *Es a la segunda parte del Rito a la que debemos prestar nuestra atención especial*. Por conveniencia, yo abordaré primero el Ofertorio, y después los cambios en el Canon —la parte del Rito en que tiene lugar la Consagración. Se mostrará que, en casi cada situación, se hace la adaptación a la creencia protestante, si no se impone. En consecuencia, al *Novus Ordo Missae* le falta el claro carácter de un acto immolativo, y el celebrante ya no aparece como un «sacerdote sacrificador». De hecho, quedará claro, cuando procedamos con este análisis, que no es el sacerdote, sino «el pueblo de Dios» quien celebra la nueva liturgia —bajo la dirección del «sacerdote-presidente».

⁴⁷ La palabra «consustancial» es de uso reverenciado desde el Concilio de Nicea (325 d.C.), donde fue usada para distinguir la doctrina católica de la herejía de Arrio. El herejarca Arrio, como muchos protestantes liberales, negó la divinidad de Cristo, y por lo tanto el término «consustancial» tiene connotaciones antiecuménicas. El Papa S. Dámaso (366-384) anatematizó a todos los que se negaran a usar el término «consustancial». Los traductores posconciliares justificaron este error con las razones de que «el hijo no es creado sino engendrado, él comparte la misma categoría de ser que el Padre». Esto es, por decir lo mínimo, semiarrianismo. Michael Davies aborda este problema en *PPNM.*, pp. 619-621.

El Ofertorio

En el Rito Tradicional de la Misa, la primera parte de «la Misa de los Fieles» es el Ofertorio. Su importancia se manifiesta por dos hechos: 1) en los tiempos antiguos los catecúmenos eran despedidos antes del comienzo del Ofertorio, y 2) los fieles debían estar presentes cuando empezaban las oraciones del Ofertorio para cumplir con su obligación de Misa dominical. En el Ofertorio, el Sacrificio de la Misa es tanto preparado como dirigido a un fin determinado. En esencia, las oraciones del Ofertorio anticipan la Consagración y hacen inequívocamente clara la naturaleza sacrificial del resto de la Misa. En la Misa católica tradicional, las oraciones del Ofertorio se refieren al pan por el término *hostia* o «víctima». Así, en la primera oración del Ofertorio de la Misa Tradicional, el sacerdote descubre el cáliz, toma la patena dorada con la hostia de pan ázimo, eleva su corazón y dice:

Recibe, oh Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, esta hostia inmaculada, que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco a Ti, Dios mío, vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los circunstantes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos; a fin de que a mí y a ellos nos aproveche para la salvación en la vida eterna.

¡Qué maravilla de exactitud doctrinal! Junto con las acciones del sacerdote, esta oración deja claro que lo que se ofrece en la Misa es la «hostia inmaculada» o víctima. Segundo, la naturaleza propiciatoria (reparadora) de la Misa es explícita —se ofrece por nuestros pecados. Tercero, nos recuerda que la Misa se ofrece «por los vivos y los muertos»; y cuarto, que es el sacerdote quien ofrece el Sacrificio como un mediador entre el hombre y Dios. La belleza de su expresión precisa es el *splendor veritatis* —el «esplendor de la verdad».

En la Nueva Misa esta oración, huelga decirlo, ha sido completamente suprimida. Y una de las razones que ofrece Pablo VI para proceder así es hacer el contenido doctrinal de la Misa más claro (cf. pág. 25). De hecho, sólo dos de las doce oraciones del Ofertorio en el Rito Tradicional, se mantienen en la Nueva Misa.⁴⁸ Y es de inte-

⁴⁸ Monseñor Frederick McManus era la fuerza directora detrás de las traducciones inglesas. Ya en 1963 objetó a las Oraciones del Ofertorio que «anticipan el Canon y oscurecen la ofrenda sacrificial en el propio Canon». («El Futuro: Sus Esperanzas y Dificultades» en *The Revival of the Liturgy* [Nue-

rés el hecho de que las oraciones suprimidas son las mismas que Lutero y Cranmer eliminaron.⁴⁹ ¿Y por qué las eliminaron? Porque, como Lutero dijo, ellas «saben a Sacrificio... la abominación llamada el ofertorio, y desde este punto casi todo hiede a oblación».

El *Novus Ordo Missae* no sólo omite estas oraciones significativas, sino que abole efectivamente el Ofertorio entero. La Instrucción General habla en cambio de la «Preparación de los Dones». Y dentro de esta parte del Nuevo Rito no hay ni una palabra que indique que es la Víctima Divina lo que se ofrece. El pan y el vino —«el fruto del trabajo del hombre»— es todo lo que se ofrece. Michael Davies señala que este concepto es totalmente compatible con la teoría teilhardiana de que el esfuerzo humano, el trabajo de las manos humanas, deviene de una cierta manera la materia del Sacramento.⁵⁰ Y además, salvo la oración del lavado de las manos, todas las peticiones están en primera persona del plural —«nosotros»— lo que es congruente con el falso concepto encerrado en varias partes de la Nueva Misa de que no es el sacerdote-presidente quien ofrece la Misa por su propio poder sacerdotal especial, sino que es la «asamblea» o «el pueblo de Dios» quien lo hace.

De acuerdo con este principio, se han eliminado sistemáticamente todas las oraciones de la Misa Tradicional que diferencian al sacerdote del laicado. El original latino del Nuevo Misal todavía hace tal distinción dentro de la oración *Orate Fratres*. Ésta era una oración que el Concilio quiso anular y que fue restaurada para complacer al Sínodo de Obispos. Sin embargo, los innovadores lograron su deseo en la traducción vernácula —en inglés, francés, portugués y alemán— donde la distinción de sacerdote del laicado fue eliminada.

Los conservadores apuntaron a la retención en el *Novus Ordo Missae* de la oración del Ofertorio tradicional *In Spiritu Humilitatis* («en Espíritu de Humildad») como prueba de que el nuevo rito del Ofertorio alude a la enseñanza tradicional de que la Misa es por encima de todo un Sacrificio ofrecido a Dios. Ahora, esta oración está tomada de *Daniel* (3:39-40) y se refiere al sacrificio personal —a lo sumo, un «sacrificio de alabanza y acción de gracias»— hecho por Azarías y sus compañeros en el horno ardiente. Como tal, esta oración es totalmente aceptable a los protestantes y

va York: Herder & Herder, 1963], pág. 217). Uno bien puede preguntarse cómo la Iglesia ha sobrevivido durante los últimos 2.000 años sin la ayuda de estas innovaciones litúrgicas.

⁴⁹ Cf. *Liturgical Revolution—Cranmer's Godly Order* (Devon, Inglaterra: Augustine, 1976) de Michael Davies.

⁵⁰ *PPNM*,. pág. 340.

fue retenida por ellos en los «reformados» servicios luteranos y anglicanos. Cualquiera debería dudar de su aceptabilidad por la mente modernista, pero ha de considerarse la interpretación puesta en esta oración por el Padre Joseph Jungmann, S.J. —un liberal y uno de los miembros más eruditos del Concilium responsable del Nuevo Rito:

La oración «En espíritu de humildad» que siempre había servido como un resumen enfático del procedimiento de ofrenda, y como tal era recitado con una inclinación profunda [inclinando el cuerpo el sacerdote] se ha retenido inalterada por la mera razón de que confiere la expresión apropiada al «sacrificio invisible» del corazón como el significado interior de toda la ofrenda exterior.⁵¹

En el «Ofertorio» del *Novus Ordo Missae*, cuando es interpretado literalmente, es decir, según los rezos realmente dichos, y no según la acepción tradicional de lo que el Ofertorio de la Misa *realmente* es (o se *supone* que está en la Nueva Misa), entonces, todo lo que el «Ofertorio» de la Nueva Misa realmente indica es que lo ofrecido en la Nueva Misa es pan y vino. Contra esta observación, algunos dirán que, en la ofrenda del pan-hostia, el sacerdote-presidente en la Nueva Misa dice, «sea para nosotros pan de vida». Pero como señaló el difunto Padre Burns, uno de los sacerdotes más conservadores del *Novus Ordo* de América, esto también puede entenderse como refiriéndose al pan que nosotros comemos cada día en nuestras comidas ordinarias, a menudo llamado «el sostén de la vida».

La oración, «En Espíritu de Humildad», en la Nueva Misa, también incluye la frase «por nosotros» en la cual insistió el reformador protestante inglés Cranmer del siglo XVI negando el principio sacramental *ex opere operato* —el principio por el que, si la forma y la materia usadas por el sacerdote que ofrece la Misa son las apropiadas, y con tal de que el celebrante sea un verdadero sacerdote, la Consagración ocurre, sin tener en cuenta la disposición del sacerdote u otros participantes. El mismo comentario que se hacía con respecto al pan que es «el sostén de la vida» puede hacerse con respecto al vino y la frase «sea nuestra bebida espiritual». Y así, una vez más, parece adecuada la conclusión del *Estudio Crítico del Novus Ordo Missae* de los Cardenales Ottaviani y Bacci:

⁵¹ P. Joseph Jungmann, S.J., *The Mass* (Collegeville, MN.: Liturgical Press, 1976), pág. 191.

Los tres fines de la Misa se han alterado; no se permite ninguna distinción entre el sacrificio Divino y el humano; el pan y el vino son sólo «espiritualmente» (no substancialmente) cambiados... No encontramos ni una palabra acerca del poder del sacerdote para sacrificar, o sobre su acto de consagración, la efectuación a través de él de la Presencia Eucarística. Él aparece ahora como nada más que un ministro protestante.

Las Nuevas Plegarias Eucarísticas

El corazón de la Misa Tradicional es el Canon. Permanece igual cada vez que se ofrece la Misa, excepto durante las fiestas más solemnes de la Iglesia, cuando se agregan una frase o dos que se refieren al misterio que se está celebrando. En la Nueva Misa, el Canon es abolido. En su lugar es sustituido por una de las cuatro (al menos por ahora) «Anáforas» o «Plegarias Eucarísticas».

La primera Plegaria Eucarística (incluso en latín) no es, como se afirma a menudo, el Canon romano antiguo con el que estábamos tan familiarizados en la Misa tridentina. Está solamente *modelada* sobre el Canon tradicional, pero contiene varias diferencias significativas. La pretensión de que el Canon antiguo de la Misa era mantenido permitió aceptar el Nuevo Rito con un mínimo de protestas tanto por parte de los sacerdotes como del laicado. Aquellos sacerdotes que usaban la Primera Plegaria Eucarística estaban seguros de que ellos estaban diciendo en efecto la antigua Misa. Sin embargo, con la destrucción del Ofertorio tradicional, y sus oraciones que exponen precisamente lo que ocurre durante el Canon, y con las falsas traducciones modernas, la Plegaria Eucarística Número Uno es totalmente susceptible de ser interpretada de forma completamente modernista y protestante.

La frase que permite esta interpretación errónea se encuentra en la oración *Quam Oblationem*: «Dignaos en un todo bendecir esta ofrenda, admitirla, ratificarla y aceptarla, a fin de que SE CONVIERTA PARA NOSOTROS en el Cuerpo y la Sangre de...» (el resaltado es mío). En ausencia de las tradicionales plegarias del Ofertorio, «para nosotros» puede entenderse en el sentido cranmeriano y de general aceptación protestante, perceptiblemente, que el pan y el vino no son transubstanciados para que ellos se conviertan el cuerpo y la sangre de Jesucristo *substancialmente* y *en sí mismos*, sino que *cuando nosotros los recibimos «con fe viva»*, ellos podrían devenir PARA NOSOTROS (!) la presencia de Jesucristo. En la primera edición del *Libro de*

la *Plegaria Común* de Cranmer, él prologó las Palabras de Institución (es decir, las palabras usadas por la llamada «consagración» protestante) con esta frase:

Óyenos, Padre misericordioso, nosotros Te imploramos; y con Tu Espíritu Santo y Tu Palabra dignate bendecir y santificar estos Tus dones y creación de pan y vino para que ellos puedan hacerse PARA NOSOTROS el cuerpo y la sangre de Tu muy amado Hijo, Jesucristo. [El resaltado es añadido].

Algunos de sus compañeros reformadores atacaron esta redacción con el argumento de que era susceptible de ser entendida como ¡efectuando la Transubstanciación! Cranmer contestó a esto con indignación: «Nosotros no oramos en absoluto para que el pan y el vino devengan el cuerpo y la sangre de Cristo, sino para que en ese santo misterio devengan eso PARA NOSOTROS; es decir, para que nosotros podamos recibir así dignamente y del mismo modo podamos ser así participantes del cuerpo y la sangre de Cristo, y de que por lo tanto en espíritu y en verdad seamos espiritualmente alimentados». Cranmer estaba insistiendo en que la expresión «para nosotros» significaba que la Transubstanciación (El cambio de la substancia del pan y el vino en la substancia del Cuerpo y la Sangre de Cristo) *no* ocurría objetivamente, sino que la disposición personal de los presentes les permitía ser nutridos espiritualmente. En otros términos, la frase negaba en efecto la doctrina católica tal como más tarde sería solemnemente definida en la Sesión XXII del Concilio de Trento.⁵²

⁵² Los católicos creen que, con tal que el sacerdote esté ordenado válidamente, use la forma y la materia apropiadas (las palabras y la «materia» y/o la acción), y tenga la intención correcta, la Consagración acaece. La frase técnica aplicada al poder de un Sacramento es *ex opere operato*, que significa que la operación del Sacramento tiene lugar automáticamente, si estos cuatro requisitos están presentes. Ocurre sin tener en cuenta el estado espiritual del sacerdote o del pueblo presente. El espacio ha limitado nuestra capacidad para discutir el problema de la «intención». Baste decir que hay una intención *externa* implícita en las palabras y acciones del sacerdote, y también una intención *interna* por parte del sacerdote mismo, que nosotros nunca podemos saber, aparte de informarnos sobre él. En la Misa Tradicional, uno podría suponer que la intención interna corresponde con los actos y palabras exteriores —el sacerdote habría tenido que abrigar una intención interna positivamente contraria para invalidar la Misa (es decir, un sacerdote que dice la Misa Tradicional puede proponerse no consagrar mientras usa las palabras y acciones correctas, y entonces nada pasaría. Por supuesto sería culpable de un grave sacrilegio). En el Nuevo Rito, las palabras y actos *externos* de ninguna manera nos aseguran que una intención apropiada por parte del celebrante esté presente. Si la intención interior del sacerdote está basada en las palabras y acciones externas del *Novus Ordo Missae*, el Sacramento es, por lo

Se dice que la Segunda Plegaria Eucarística ha sido tomada de la *Tradición Apostólica* de Hipólito (escrita, debe recordarse, en un momento en que él era cismático y antipapa). Sin embargo, a este ya cuestionable documento, los innovadores le hicieron cambios significativos. Así, por ejemplo, suprimieron las frases *ut mortem solveret et vincula diaboli dirumperet, et infernum calceret et iustos illuminet* («para que Él [Cristo] venza a la muerte, rompa las cadenas de Satanás, huelle el Infierno e ilumine al justo»), y *qua nos dignos habuisti adstare coram te et tibi sacerdotes ministrare* («para hacernos dignos de estar en Tu presencia y servirte como sacerdotes») —conceptos católicos que los innovadores litúrgicos quitaron y conceptos todos que los innovadores y los protestantes liberales aborrecen. Lo más significativo de todo, ellos insertaron caprichosamente en el texto original la misma frase «PARA NOSOTROS», una acción que hace su intento herético más que claro.

Como en el segundo *Libro de la Plegaria Común* de Cranmer, así también en la Plegaria Eucarística Número 2 del *Novus Ordo*, se ha eliminado toda presencia de una interpretación católica. Cuando se usa la Plegaria Eucarística Número 2, el *Te Igitur*, *Memento domine* y *Quam Oblationem* —tres oraciones que inequívocamente permiten una interpretación católica de *nobis* (para nosotros)— ya no se dicen. Así, no hay absolutamente NINGUNA preparación (fortalecimiento o desarrollo) en la Plegaria Eucarística Número 2 para la «Consagración» de las especies (el pan y el vino). Estornude usted y lo echará de menos.

En la Misa Tradicional es imposible entender la palabra *nobis* en el sentido cranmeriano (es decir, donde la Transubstanciación se niega). En la Plegaria Eucarística Número 1 del *Novus Ordo Missae*, la situación con respecto a la intención del sacerdote para consagrar (efectuar la Transubstanciación) es ambigua. Pero en la

menos, muy dudoso. Para el sacerdote que consagra —asumiendo por el momento que eso incluso sea posible en este rito, sobre todo cuando se dice en muchas de las lenguas vernáculas— él debe tener la intención *positiva* de «hacer lo que la Iglesia hace», y/o, «hacer lo que Cristo quería». Lo que hace todo este asunto sumamente pertinente es que a la mayoría de los sacerdotes que están siendo instruidos hoy no se les enseña la teología sacramental tradicional y por consiguiente muy probablemente no saben la naturaleza de la intención positiva que deben abrigar. Según el P. Robert Burns, C.S.P., editoralista de *The Wanderer*, «Muchos sacerdotes recientemente ordenados son herejes formales o materiales en el día de su ordenación. Esto es así, porque sus maestros abrazaron los errores Modernistas y los trasladaron a sus estudiantes. Sus estudiantes, después de la ordenación, propagaron estos errores a su vez, o en la enseñanza catequística o en el púlpito predicando. La misma situación es verdad también en los casos de muchos sacerdotes antiguos que han vuelto a las escuelas de teología para recibir cursos de actualización o de “readiestramiento en teología”».

Plegaria Eucarística Número 2, la enseñanza católica a este respecto desaparece completamente y triunfa la acepción protestante. Como Ross Williamson dijo, «es imposible entenderlo de cualquier otra manera que en el sentido cranmeriano».⁵³ Además, la naturaleza deliberada de los cambios en la Plegaria Eucarística Número 2 —la adición del *nobis* al «canon» de Hipólito— repercute en la manera en que nosotros vamos a entender el *nobis* en la Plegaria Eucarística Número 1. Para empeorar la cuestión, los creadores del *Novus Ordo Missae* muestran su preferencia claramente por la Plegaria Eucarística Número 2. Los documentos oficiales de Roma nos dicen que la Plegaria Eucarística 2 puede usarse en cualquier ocasión.

Se recomienda para los domingos «a menos que se elija otra Plegaria Eucarística por razones pastorales». También es particularmente conveniente «para las misas diarias, o para la misa en circunstancias particulares». Además, se recomienda para «las misas con niños, jóvenes y grupos pequeños», y sobre todo para la catequesis⁵⁴. Fuera del poder de estas sugerencias —la naturaleza humana es lo que es— los sacerdotes se inclinarán a usar la Plegaria Eucarística 2 por su brevedad. Cuanto más ordinariamente se diga, más rápidamente se perderá la comprensión católica de la verdadera naturaleza de la Misa.

Merece la pena notar que Pablo VI agregó la frase *quod pro vobis tradetur* («que será entregado por vosotros») a las supuestas palabras de Consagración en la Nueva Misa. Lo mismo hicieron Lutero y Cranmer en sus servicios litúrgicos protestantes. Lutero explicó las razones para esto en su *Catecismo Breve*. «La palabra “por vosotros” invoca simplemente a los corazones creyentes». Lo cual, claro, además sólo destaca la importancia de la palabra *nobis* («para nosotros») en todo este sórdido asunto.

El espacio en esta corta presentación sólo permite un comentario breve sobre las Plegarias Eucarísticas 3 y 4.

En la Plegaria Eucarística 3 las palabras siguientes se dirigen al Señor: «De edad en edad Tú reúnes un pueblo para Ti mismo, para que del este al oeste pueda hacerse una ofrenda perfecta a la gloria de Tu nombre». Esta frase deja claro una vez más que *es el pueblo*, en lugar del sacerdote, quien es el elemento indispensable en la e-

⁵³ Hugh Ross Williamson, *The Modern Mass* (Rockford, IL.: TAN, 1971), pág. 26. El señor Williamson recurrió a la jerarquía inglesa para quitar las palabras «para nosotros» de la Plegaria Eucarística 2 «como evidencia de buena fe». Pero su petición fue completamente ignorada.

⁵⁴ DOL., Nos. 1712 y 1960.

lebración.⁵⁵ Incluso Michael Davies advierte que «en *ninguna* [el subrayado es suyo] de las nuevas Plegarias Eucarísticas se deja claro que la Consagración se efectúa solo por el sacerdote, y que él no está actuando como un portavoz o presidente para una congregación que concelebra».⁵⁶

La Plegaria Eucarística 4, compuesta por el innovador P. Cipriano Vagaggini, aún presenta otro aspecto interesante de la «Revolución Litúrgica». El propio latín es inocuo, pero la traducción oficial (y aceptada por Roma) usada en los Estados Unidos estaba claramente abierta a una interpretación herética. Compare los pasajes siguientes, uno del Prefacio a la Plegaria Eucarística 4, y el otro del Prefacio de la Misa Tradicional de la Santísima Trinidad:

Nueva Misa

En verdad es justo darte gracias, y deber nuestro glorificarte, Padre Santo, porque tú eres el único Dios vivo y verdadero...

Misa Tradicional

Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, que te demos gracias en todo tiempo y lugar a Ti, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno, que con tu único Hijo y con el Espíritu Santo eres un solo Dios y un solo Señor, no con unidad de persona, sino en la Trinidad de una misma substancia.

Afrontando el hecho de que la enseñanza entera de la Iglesia se contiene en la liturgia, éste es un muy instructivo fragmento de embustes. En la versión latina de la Nueva Misa se encuentran las palabras *unus Deus* («un Dios»), y no se enseña ninguna herejía explícita. Sin embargo, incluso en latín, aparte del Credo, no hay ninguna expresión clara de la doctrina de la Trinidad. Cuando nosotros llegamos a la versión vernácula de la Plegaria Eucarística 4, la errónea traducción de *unus Deus* por «Tú solo eres Dios» claramente se aparta de la norma tradicional. En ausencia de cualquier otra referencia al Hijo o el Espíritu Santo en esta plegaria, el uso de la palabra «solo» parece ser una negación *explícita* de la doctrina de la Santísima Trinidad —pero definitivamente una negación *implícita*, al menos. Es por esta razón que algunos se han referido a esta Plegaria Eucarística como «el Canon arriano». (El hereje Arrio negó la doctrina católica de la Trinidad). Aquí todavía tenemos otro ejemplo de

⁵⁵ Ver el comentario del P. Joseph Jungmann, *The Mass: An Historical, Theological and Pastoral Survey* (Collegeville, MN.: Liturgical Press, 1976), pág. 201.

⁵⁶ *PPNM.*, pág. 343.

«¡un retorno a la práctica primitiva!» Debido a las repetidas quejas, esta traducción errónea se ha corregido recientemente. Que una fórmula explícitamente herética pueda usarse durante 18 años en la Iglesia posconciliar dice todo acerca del menosprecio de los innovadores litúrgicos por las doctrinas fundamentales de la Iglesia católica⁵⁷.

La «Narrativa de la Institución»

En el *Novus Ordo Missae*, como en el servicio luterano, las palabras de la Consagración —el corazón mismo del Rito Tradicional— son ahora parte de lo que se llama la «Narrativa de la Institución»⁵⁸, una expresión que no se encuentra en los misales tradicionales de la Iglesia.

Solamente poniendo las palabras de la Consagración bajo semejante título se induce al «sacerdote-presidente» en la Nueva Misa a decir estas palabras como si estuviera meramente *volviendo a narrar la historia* de la Última Cena, hace unos 2000 años, en lugar de *consagrar realmente el pan y el vino aquí y ahora*. Volviendo exclusivamente a narrar la historia de la Última Cena no cambia el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo —el sacerdote debe actuar *in persona Christi*, es decir, debe decir estas palabras cruciales «en la persona de Cristo», porque es Cristo quien, por Su poder infinito, a través de las palabras del sacerdote, efectúa la Consagración. La versión «revisada» de la Instrucción General, pretendiendo apaciguar a los críticos de la Nueva Misa, habla del sacerdote que actúa *in persona Christi*, pero no con respecto a la manera en que dice las palabras de la Consagración. Aun cuando el uso de la frase «Narrativa de la Institución» fuera el único defecto en el Nuevo Rito, sería

⁵⁷ Se cambió a «Tú eres el único Dios» el 24 de febrero de 1985.

⁵⁸ El término «Institución» se refiere a la Institución del Sacramento por Cristo, y podría ser un término teológico perfectamente legítimo. La idea de que la Misa es una mera «narrativa» es, sin embargo, patentemente falsa y completamente protestante. A pesar de esto los catecismos oficiales franceses hacen afirmaciones tales como que «en el corazón de la Misa yace una historia...». El Misal francés oficial, publicado con la aprobación de la jerarquía francesa, afirma que ¡la Misa «es simplemente una cuestión de hacer el memorial del sacrificio único ya cumplido»! («*Il s'agit simplement de faire mémoire de l'unique sacrifice déjà accompli*»). Esta afirmación ha sido repetida en más de una edición, y lo ha sido a pesar de las repetidas protestas de los fieles. Y, sin embargo, parecería ser la enseñanza «oficial» de la Iglesia conciliar en Francia.

suficiente para levantar graves dudas acerca de si se cambian o no los elementos pan y vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Nueva Misa.

La Iglesia siempre ha enseñado que para que las Sagradas Especies se confectúen en la Misa, esto es, para que la Consagración acontezca, el sacerdote debe 1) estar debidamente ordenado, 2) querer hacer lo que la Iglesia quiere hacer en la Misa, 3) usar la materia apropiada y 4) usar la forma (o las palabras) apropiadas. También debe decir las Palabras de la Consagración como un *acto* que él personalmente, por su propio poder sacerdotal, ejecuta *in persona Christi* («en la Persona de Cristo», que es el Sacerdote Principal en cada Misa), y no como parte de una mera narrativa histórica, como ocurre cuando lee el Evangelio durante la Misa. Si debe decir las palabras de Consagración como una mera narrativa, convierte lo que se supone que ocurre en la Misa (a saber la Consagración) en sólo un simple memorial de un evento histórico que acaeció hace dos mil años, y nada sagrado tiene lugar, es decir, no hay Consagración. Como Sto. Tomás de Aquino dice:

La Consagración es cumplida por las palabras y expresiones del Señor Jesús. Porque, con todas las demás palabras habladas, se alaba a Dios, se ruega por el pueblo, por los reyes y otros; pero cuando llega el momento de perfeccionar el Sacramento, el sacerdote ya no usa sus propias palabras, sino las palabras de Cristo. Por consiguiente, son las palabras de CRISTO las que perfeccionan el Sacramento... La forma de este Sacramento es pronunciada como si Cristo estuviera hablando personalmente, para que sea entendido que el ministro no hace nada en la perfección de este Sacramento, excepto pronunciar las palabras de Cristo. (*Summa*, III, Q. 78, Art. 1).

Decir las palabras de la Consagración meramente como parte de una narrativa volvería inválida la Misa; es decir, el pan y el vino seguirían siendo después sólo pan y vino y no se convertirían en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Según el eminente liturgista, Padre O'Connell:

Las Palabras de la Consagración tienen que ser dichas, no meramente como un relato histórico de palabras usadas una vez por Nuestro Señor— como el celebrante las recita, por ejemplo, en los relatos de la Última Cena que se leen en la Misa en la Semana Santa o en la Fiesta del Corpus Christi— sino como una afirmación *presente* por el sacerdote que habla en la per-

sona de Cristo, y pensando efectuar algo, *aquí y ahora*, por el pronunciamiento de estas palabras⁵⁹. [El énfasis está añadido]

Los sacerdotes más viejos pueden decir las palabras de la Consagración *in persona Christi* por hábito. Los sacerdotes más jóvenes, basando su práctica en la Instrucción General y en las teorías modernistas de teología sacramental que embeben en los seminarios posconciliares, casi con seguridad no lo harán. Así, apenas es sorprendente encontrar al *Estudio Crítico del Nuevo Orden de la Misa* de los Cardenales Ottaviani y Bacci apuntando que

Las Palabras de la Consagración, cuando aparecen en el contexto del *Novus Ordo* [en latín] pueden ser válidas según la intención del sacerdote que oficia. Pero pueden no serlo, porque ya no son *ex vi verborum* («por la fuerza de las palabras usadas»), o más precisamente, en virtud del *modus significandi* («el modo de significar») que han tenido ahora hasta en la Misa. ¿Harán una consagración válida en el futuro los sacerdotes que no han tenido la instrucción tradicional y que confían en el *Novus Ordo* para hacer lo que la Iglesia hace? Uno puede permitirse dudarlo ...

Estas palabras del *Estudio Crítico*, habiendo sido publicadas en septiembre de 1969, son increíblemente perspicaces, si no ciertamente proféticas.

Cambiando Las Palabras de Cristo

Y así llegamos ahora a considerar las palabras mismas de la Consagración. Estas palabras en la Misa Tradicional son las más sagradas, porque se atribuyen por tradición al propio Cristo, y es por medio de ellas que se «confeccionan» las Sagradas Especies (el pan y el vino se cambian en el Cuerpo y la Sangre de Cristo). Estas palabras preciosas, las mismas palabras de Cristo, antiguamente escritas sólo en oro y siempre destacadas y enfatizadas en su forma impresa, *se han alterado e incrustado* en la Narrativa de la Institución de la Nueva Misa.

⁵⁹ P. J. O'Connell, *The Celebration of Mass* (Milwaukee: Bruce, 1941), v. 1, pág. 226.

Ahora bien, un Sacramento, por definición doctrinal, es «una señal sensible, instituida por Nuestro Señor Jesucristo, para significar y producir gracia». Esta señal sensible consiste en una «materia» y una «forma» (es decir, una «sustancia material» apropiada y unas «palabras» apropiadas). Como S. Agustín enseña, «la palabra [“forma”] se une al elemento [“materia”] y el Sacramento existe». Ejemplos de «materia» son el agua en el Bautismo y el pan de trigo y el vino de uva en la Misa⁶⁰. La «forma» consiste en las palabras que el «ministro del Sacramento» pronuncia y que aplica a la materia. Estas palabras «determinan» a la materia a producir el efecto del Sacramento, y también significan íntimamente lo que el Sacramento realiza. Las formas («palabras») de los Sacramentos nos fueron dadas por Cristo *in especie* (exactamente) o *in genere* (de una manera general). Según la enseñanza normal,

Cristo determinó qué gracias especiales serían conferidas por medio de los ritos externos: para algunos Sacramentos (por ejemplo el Bautismo, la Eucaristía) Él determinó minuciosamente (*in especie*) la materia y la forma: para otros Él determinó sólo de una manera general (*in genere*) que debe haber una ceremonia externa por la cual las gracias especiales serán conferidas, dejando a los Apóstoles o a la Iglesia el poder de determinar lo que Él no había determinado—por ejemplo, prescribir la materia y la forma de los Sacramentos de la Confirmación y de las Sagradas Órdenes⁶¹.

La forma de la Consagración en la Misa Tradicional ha sido fija desde los tiempos apostólicos⁶². Ha sido «canónicamente» fijado desde el llamado Decreto Arme-

⁶⁰ En una edición anterior de este librito, el problema de materia inválida se suscitó en referencia a la legislación posconciliar que les permite a los sacerdotes alcohólicos usar el mosto para celebrar la Nueva Misa (DOL., No. 1674, R51). Pero, como Sto. Tomás apunta (*Summa*, III, 74), el Papa Julio permitió de hecho el uso de *mustum*, o jugo de uvas maduras, en casos de necesidad. Por otro lado, que la bebida artificialmente procesada que nosotros llamamos «mosto» se encuentre por esta norma como materia válida parece, a mí por lo menos, cuestionable. Recientemente, Juan Pablo II, en nombre de la inculturación, ha autorizado *ad experimentum* («experimental») el uso de hostias hechas de la harina del grano del cazabe y vino hecho de maíz en Zaire. La fuente de esta declaración es *La Croix* (París), 9 de agosto de 1989, y referido por el P. Noel Barbara en *Forts dans la Foi*, No. 7, 1990.

⁶¹ Ver la *Enciclopedia católica*, v. 13, pág. 299, edición de 1914.

⁶² Debajo se dan todas las formas conocidas de los diversos ritos que la Iglesia siempre ha aceptado como válidos. (Hay 76 de tales ritos en los diversos idiomas, pero todos ellos han quedado entre alguno de los modelos dados debajo). Nótese que la única variación significativa se relaciona con las pala-

nio del Concilio de Florencia (1438-1445). Según el Catecismo del Concilio de Trento, la forma (escrita en mayúsculas debajo) se encuentra dentro de estas palabras en el Canon:

El cual, el día antes de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos; y elevando sus ojos al cielo, a Ti, ¡oh Dios!, Padre suyo omnipotente, dando gracias, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed todos de él:

PORQUE ESTE ES MI CUERPO

Igualmente, después de haber cenado, tomando asimismo este glorioso Cáliz en sus santas y venerables manos, dándote también gracias lo bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él:

PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO: MISTERIO DE FE: LA CUAL SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS EN REMISIÓN DE LOS PECADOS.

bras *Mysterium fidei*. Se dice que estas dos palabras han sido agregadas a las palabras de Cristo por los Apóstoles —un acto completamente dentro de su incumbencia y función, porque la Revelación viene a nosotros tanto de Cristo como de los Apóstoles. La razón para las otras variaciones menores es que los diversos Apóstoles establecieron la Misa separadamente, en las diversas partes del mundo a las que fueron enviados. Así, Sto. Tomás nos informa, «Santiago, el hermano del Señor según la carne, y Basilio, Obispo de Cesarea, revisaron el rito de celebración de la Misa». (*Summa*, III, Q. 83, Art. 4). Todos usan la misma fórmula para la Consagración del Pan. Para el vino: Bizantina: «Esta es Mi sangre del Nuevo Testamento, la cual es derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados». Armenia: «Esta es Mi sangre del Nuevo Testamento, la cual es derramada por vosotros y por muchos para la expiación y el perdón de los pecados». Copta: «Porque esta es Mi sangre del Nuevo Pacto, la cual será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados». Etíope: «Esta es Mi sangre del Nuevo pacto, la cual será derramada y ofrecida para el perdón de los pecados y la vida eterna de vosotros y de muchos». Maronita: Como el rito latino. Caldea: «Esta es Mi sangre del Nuevo Pacto, el misterio de la fe, que es derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados». Malabar: «Porque este es el cáliz de mi Sangre del Testamento Nuevo y Eterno, el Misterio de la Fe, que es derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados». La enumeración más completa se da en *The Liturgies of Ss. Mark, James, Clement, Chrysostom, and Basil and the Church of Malabar* del Rev. J. M. Neale y el Rev. R. F. Littledale. (Londres: Hayes, fecha desconocida).

Todas las veces que hicieréis esto, lo haréis en memoria de mí.

El Catecismo del Concilio de Trento continúa: «De esta forma, nadie puede dudar».

Tomado del Libro de Misa para el Pueblo, y de acuerdo con los *Documentos sobre la Liturgia*, párr. 1360, lo siguiente es la «forma» para el *Novus Ordo Missae* (En el Libro de Misa para el Pueblo —como en el «Missalette» de uso común en las iglesias americanas— ninguna palabra se escribe con mayúscula o en bastardilla; ellas van juntas para que la forma del Sacramento no pueda de ninguna manera distinguirse del resto del texto que forma parte de la Narrativa de la Institución: sin embargo en el original latino de Pablo VI, las palabras están en un tipo ligeramente más grande, señalado debajo con cursiva.):

Antes de que fuera entregado a la muerte, una muerte libremente aceptada, tomó pan y te dio gracias. Partió el pan, lo dio a sus discípulos, y dijo: *Tomad y comed todos de él, porque este es mi cuerpo que será entregado por vosotros.* Acabada la cena, tomó la copa. De nuevo te dio gracias y alabanza, dio la copa a sus discípulos, y dijo: *Tomadla, y bebed todos de ella: esta es la copa de mi sangre, la sangre de la alianza nueva y eterna. Será derramada por vosotros y por todos los hombres para que los pecados sean perdonados. Haced esto en conmemoración mía*⁶³.

En la presentación de estas nuevas formas Pablo VI las llamó «las palabras del Señor» (*dominica verba*) en lugar de «las Palabras de la Consagración» —enfaticando así una vez más la naturaleza narrativa del Rito. Habiendo cambiado las mismas palabras de Nuestro Señor, dijo además que «las deseó como sigue» (*Documentos sobre la Liturgia*, párr. 1360; también, cf. *Missale Romanum* de Pablo VI, su Constitución Apostólica del 3 de abril de 1969, que establecen la Nueva Misa). *¡Es inconcebible que nadie, incluso un Papa, pueda «desear» que las palabras de Cristo sean de otra manera que como son!* Parecería, sin embargo, que para los innovado-

⁶³ En la Instrucción General que acompaña al Nuevo Orden de la Misa, estas palabras son llamadas «las palabras del Señor», en lugar de, como en las rúbricas adjuntas al Rito Tradicional, las «Palabras de la Consagración». Yo soy consciente de que la segunda versión de la Instrucción General enmendó el párrafo 55d para leer «la narrativa de la Institución y la consagración», pero esto de ninguna manera cambia la importancia de lo que hemos dicho. En el contexto de la Nueva Misa la consagración puede significar simplemente que el pan y el vino son «puestos aparte» para el uso sagrado.

res, incluso las mismas palabras de Cristo no son ni sacrosantas ni inviolables. Y así es con exactitud que Pablo VI describió los cambios introducidos en las Plegarias Eucarísticas como «singularmente nuevos», como «asombrosos y extraordinarios» y como la «más grande innovación» de todas las innovaciones introducidas. En realidad, con respecto a las palabras de la Consagración instituidas por Cristo en la Última Cena, Pablo VI usó el término latino «mutation»⁶⁴. Cuando tal «mutación» es sustancial —que es, cuando cambia el significado de la forma de un Sacramento, lo vuelve inválido. Como veremos, aunque haya sólo duda sobre si un cambio en las palabras de un Sacramento es sustancial o no, es decir, si hay o no cambio en el significado, el uso de semejante forma es considerado sacrílego⁶⁵.

Cambiando la forma del Sacramento de la Santa Eucaristía, los innovadores argumentaron que ellos estaban poniéndolo «de acuerdo con la Escritura»⁶⁶. Ahora bien, no hay absolutamente ninguna razón por la cual deba hacerse esto. La escritura no es una fuente mayor de Revelación que la Tradición —de hecho, hablando estrictamente, la Escritura es *parte* de la Tradición. ¡Imagínese el clamor y el lamento que se levantarían si alguien dijera que quería cambiar la Escritura para ponerla de acuerdo con la Tradición! *¡No es de la Escritura, sino de la Tradición de donde recibimos la forma (las palabras) utilizadas en la confección de la Eucaristía!* Así debe ser verdaderamente, porque el primer Evangelio fue escrito unos ocho años después de la muerte de Nuestro Señor. Escuchemos las palabras del Cardinal Manning:

Nosotros no recibimos nuestra religión de las Escrituras, ni la hacemos depender de ellas. Nuestra fe es taba en el mundo antes de que el Nuevo Testamento fuera escrito⁶⁷.

Y, como el Padre Joseph Jungmann declara:

⁶⁴ Cf. nota 7, página 24. También cf. DOL., No. 1360.

⁶⁵ Se dice que ciertas palabras en las formas sacramentales son esenciales. Se dice que otras son sustanciales porque están tan íntimamente relacionadas con las palabras esenciales que cualquier cambio en ellas implica un cambio de significado. Otras aún se requieren para la integridad o plenitud de la forma. No hay que decir que, cualquiera que crea en el poder de la forma (las palabras del Sacramento) se lo pensará mucho antes de ponerse a jugar con ella.

⁶⁶ Lutero también deseó hacer esto —un proceso que de nuevo apunta al aspecto narrativo del Nuevo Rito. Cf. Roland Bainton, *Here & Eternal* (Nueva York: Mentor Paperbacks, 1950/1978).

⁶⁷ Cardenal Henry Manning, *The Temporal Mission of the Church* (Londres: Burns and Oates, 1901).

En todas las liturgias conocidas el núcleo de la *eucaristía*, y por consiguiente de la Misa, está formado por la narrativa de la institución y las palabras de la Consagración. Nuestra primera observación a este respecto es el hecho notable de que los textos del relato de la institución, entre ellos en particular, el más antiguo, nunca son simplemente un texto de la Escritura reiterado. Ellos se remontan a la tradición prebíblica. Aquí afrontamos una consecuencia del hecho de que la Eucaristía era celebrada antes de que los evangelistas y S. Pablo empezaran a registrar la Historia del Evangelio⁶⁸.

Además de esto, el Papa Inocencio III (1198-1216) nota «que hay tres elementos en la narrativa no conmemorados por los Evangelistas: “con sus ojos levantados al cielo”, “y eterno testamento” (mientras que los Evangelios sólo dan “del Nuevo Testamento”) y “misterio de fe” (*mysterium fidei*)». Y sostiene que éstos proceden de Cristo y los Apóstoles, «porque ¿quién sería tan presuntuoso y atrevido como para insertar [mucho menos quitar] estas cosas de su propia devoción? En verdad, los Apóstoles recibieron la forma de las palabras del propio Cristo, y la Iglesia lo recibió de los Apóstoles mismos»⁶⁹.

De hecho, es muy posible, e incluso probable, que los relatos de la Escritura eviten *intencionalmente* dar la forma correcta de este Sacramento, para que no se profane. Escuchemos a Sto. Tomás de Aquino:

Los Evangelistas no se propusieron transmitir la forma de los Sacramentos que en la Iglesia primitiva tuvieron que ser mantenidos ocultos, como Dionisio observa en la conclusión de su libro sobre la Jerarquía Eclesiástica; su objeto era escribir la historia de Cristo. (*Summa*, III, Q. 78, el Arte. 3).

Nadie puede dudar que la Iglesia posconciliar ha ido contra la Tradición, contra los decretos de los Concilios Ecuménicos y contra el Catecismo del Concilio de Trento cambiando la forma del Sacramento de la Santa Eucaristía. No es una cues-

⁶⁸ P. Joseph A. Jungmann, S.J., *The Mass of the Roman Rite: Its Origins and Development* (Nueva York, Benziger, 1950), v. 1, pág. 194. Dom Gaspar Guéranger también apuntó en sus *Institutions Liturgiques* que «esas ceremonias se remontan a los Apóstoles... La liturgia Apostólica se encuentra completamente fuera de la Escritura; pertenece al dominio de la Tradición».

⁶⁹ *De Sacro Altaris Mysterio*, citado por Maurice de la Taille, *El Misterio de la Fe*, Tesis XXIV y XXV, pág. 454.

ción de debate acerca de si tiene el derecho de hacer eso. Como el Concilio de Trento y Pío XII dejan claro, la Iglesia tiene el poder para determinar o cambiar las cosas en la administración de los sacramentos... pero «la Iglesia no tiene ningún poder acerca de “la substancia de los sacramentos”»⁷⁰.

Uno de los documentos impreso delante de cada edición del Misal tradicional del altar romano es la Instrucción del Papa S. Pío V titulada *De defectibus* (1572) que declara en parte:

Si alguien omite o cambia algo en la forma de la consagración del Cuerpo y la Sangre, y con este cambio de palabras no quiere decir lo mismo, entonces no efectúa el sacramento⁷¹.

Con respecto a aquellas formas sacramentales que se nos dieron *in genere*, las palabras pueden cambiarse, a condición de que no haya ningún cambio de significado. Cuando ocurre una alteración en el significado, el cambio se llama «sustancial». Ahora bien, aparte del hecho de que no se puede aplicar este principio a las formas que nos fueron dadas específicamente por Cristo (*in specie*), se argumenta no obstante por algunos que, a pesar del cambio en las palabras, no hay ningún cambio en el significado, y por consiguiente ningún cambio sustancial. Nos atañe entonces considerar la substancia de la forma del Sacramento, porque si hay un cambio «sustancial» —es decir, un cambio en el significado— entonces la forma se torna indiscutiblemente inválida. Ésta no es una cuestión de debate, sino de hecho⁷².

Primero, considérese el cambio en la primera y la última frase de la supuesta «forma de la consagración» en la Nueva Misa. En lugar de «haced estas cosas», nos encontramos al celebrante dando instrucciones de «haced esto», es decir, «tomad y comed (bebed)», sugiriendo firmemente así que lo que está implicado es una «cena» y un «memorial», en lugar de la acción íntegra. Y toda esta actividad supone una «copa» en lugar de un «cáliz», reforzando así además una implicación meramente culinaria. Luego, nótese la adición de la frase «que será entregado por vosotros». No-

⁷⁰ Esto por no señalar una declaración aislada. Considérese lo siguiente: «Es bien sabido que la Iglesia no tiene ningún derecho para reformar nada en la substancia de los Sacramentos. (Papa San Pío X, *Ex quo nono*, Denzinger 2147A).

⁷¹ *Missale Romanum*. Desclée. *De defectibus*. C. V, Par. 1.

⁷² «Si cualquier parte sustancial de la forma sacramental se suprime, está claro que el sentido esencial de las palabras se destruye; y en consecuencia el Sacramento es inválido». (*Summa*, III, Q. 60, Art. 8).

sotros ya hemos aludido a la razón de Lutero para agregar esta frase (cf. página 41), y el *Novus Ordo Missae*, como hemos visto, la adoptó de acuerdo con el rito luterano. La eliminación de la frase «Misterio de Fe» (que la Tradición nos dice que fue agregado por los Apóstoles) y su desplazamiento a la llamada «Aclamación Memorial», que sigue a las palabras de la Consagración, lleva al creyente a creer que el Misterio de Fe miente, no en la Consagración, sino en la Muerte, Resurrección y Venida Final de Cristo. En la Nueva Misa, mientras Cristo está supuestamente sobre el altar después de las palabras de la Consagración, al creyente se le hace decir, «Hasta que vuelvas»; qué juegos de total contradicción para la realidad de Su Presencia Sacramental.

También se argumenta que no se requiere nada más que el sacerdote diga las Palabras esenciales de la Consagración —«Éste es Mi Cuerpo», «Esta es Mi Sangre...» Los que sostienen esta posición ignoran los defectos de «forma» de la Nueva Misa (las palabras esenciales necesarias para la confección del Sacramento) y el hecho de que las palabras precedentes —es decir, el ambiente en que estas palabras de la «forma» ocurren (como después veremos plenamente)— *alteran* el significado de las palabras de la forma. También ignoran el hecho de que las palabras de la forma de la Nueva Misa, aunque esenciales a la forma del Sacramento, *no constituyen la forma COMPLETA del Sacramento*. (Uno debe comparar la forma de la Nueva Misa con la de la Misa católica romana tradicional, o incluso con las formas usadas por los otros ritos de la Iglesia Católica romana). Finalmente, los que se oponen a estas críticas de la «Consagración» de la Nueva Misa ignoran el hecho de que está prohibido para un sacerdote utilizar las Palabras de Consagración con la intención de confeccionar las Sagradas Especies fuera de una verdadera Misa⁷³. Como el Canon 817 del Código de

⁷³ Los teólogos señalan que la Transubstanciación ocurre inmediatamente después, o a la vez, que el sacerdote dice «Éste es mi Cuerpo» —siendo la prueba que el Cuerpo del Señor es adorado en este momento. Sin embargo, es sacrílego consagrar el Pan sin consagrar el Vino.

«La consagración distinta de los elementos del pan y el vino, la representación separada del Cuerpo y la Sangre de Cristo bajo las dos especies, esto es, el derramamiento místico de la sangre, es, en virtud de la institución de Cristo completamente necesaria, no sólo por legal, sino para la celebración válida del Sacrificio Eucarístico. Si una substancia se consagra, correctamente o no, entonces Cristo está ciertamente presente bajo una especie, pero el Sacrificio no se completa, porque se necesita una característica y requisito esencial, a saber la consagración doble. Por lo tanto es de ordenación divina que ambos elementos —el pan y el vino— deben consagrarse siempre, para que el Sacrificio Eucarístico pueda tener lugar». Rev. Dr. Nicolás Gühr, *The Holy Sacrifice of the Mass*, Londres: Herder, 1929.

Derecho Canónico de 1917 declara, «incluso en caso de necesidad extrema, es ilegal consagrar una especie sin la otra o consagrar las dos fuera de la Misa». El canonista benedictino Padre Charles Augustine hace una apostilla sobre esto al efecto de que «consagrar fuera de la Misa no sólo sería un sacrilegio, sino probablemente un intento de consagración inválida»⁷⁴.

La cuestión del *contexto* en que se usan las palabras esenciales de la Consagración es muy importante porque este *trasfondo* es capaz de cambiar su significado de una manera sustancial. Ésta es otra razón por la que la Iglesia Católica ha sido tradicionalmente siempre tan insistente en la integridad de la forma (es decir, *todas* las palabras de la forma) utilizada para confeccionar los Sacramentos. Consideremos la enseñanza de Sto. Tomás de Aquino sobre este punto:

Algunos han mantenido que solo las palabras «Éste es el Cáliz de Mi Sangre» pertenecen a la substancia de la forma, pero no las palabras que siguen. Ahora bien esto parece incorrecto, porque las palabras que siguen son determinaciones del predicado, esto es, de la Sangre de Cristo; por consiguiente ellas pertenecen a la integridad de la expresión. Y sobre este motivo otros dicen más exactamente que todas las palabras que siguen son de la substancia de la forma, hasta las palabras, «todas las veces que hicieris esto». [Pero *no incluyendo* estas palabras, porque el sacerdote suelta el Cáliz cuando llega a ellas]. Por ello es que el sacerdote pronuncia todas las palabras, mediante el mismo rito y manera, sosteniendo el cáliz en sus manos. (*Summa*, III, Q. 78, Art. 3).

Algunos uniatas y ortodoxos griegos han argumentado que a pesar de los cambios, la Consagración ocurre debido a la plegaria Epiklesis. Sin embargo, sin entrar en el asunto de la Epiklesis, (ver la Enciclopedia Católica, 1914 para un detallado examen) la plegaria en la Misa latina que es el equivalente de la Epiklesis en la Misa de S. Juan Crisóstomo se ha anulado.

⁷⁴ P. Charles Augustine, *A Commentary on the New Code of Canon Law* (1917) (St. Louis: B. Herder Book Co., 1925), v. 4, pág. 155, comentando el Canon 817. Algunos pueden argüir que tenemos ahora un *Nuevo Código de Derecho Canónico*, que data de 1983, y por consiguiente que la observación presente no es una objeción válida. Sin embargo hay un principio, en Derecho Canónico (como en el Derecho Civil) que en tanto en cuanto una ley no ha sido específicamente abrogada, todavía está en efecto. También, cf. al mismo efecto el Canon 5 de Código de 1983.

«Todos» por «Muchos»

La culminación del sacrilegio ocurre con el uso de la nueva forma de las Palabras de la Consagración del vino con la falsa traducción de la palabra latina *multis* («muchos») en la versión latina del *Novus Ordo Missae* por «todos» en casi todas versiones vernáculas, un cambio que (para usar las palabras de Sto. Tomás de Aquino) claramente «determina el predicado» con un significado que es diferente del tradicionalmente señalado por la Iglesia Católica. La excusa dada para esta falsa traducción era que no hay ninguna palabra aramea para «todos», una falsedad filológica propagada por el erudito protestante Joachim Jeremias y una de las que han sido repetidamente expuestas⁷⁵. Por otra parte, de los diversos ritos de la Misa que la Iglesia tradicionalmente ha reconocido siempre como válidos —unos 76 ritos diferentes en muchos idiomas diferentes, muchos de los cuales se remontan a los tiempos apostólicos— NINGUNO ha usado nunca «todos» en la forma para la Consagración del vino.

Lo que hace más ofensiva esta peculiar falsa traducción es que la Iglesia siempre ha enseñado que la palabra «todos», por razones muy específicas, ¡no se usa intencionadamente! S. Alfonso M. de Liguori, Doctor de la Iglesia, explica por qué no en una opinión que también es confirmada por Sto. Tomás Aquino y el Catecismo del Concilio de Trento, el primero en la historia de la Iglesia:

⁷⁵ Ver *Interdum*, No. 2 P.H. Omlor, Menlo Park, CA (24 de febrero de 1970), pág. 2. Joachim Jeremias era un protestante que específicamente negó la posibilidad de la Transubstanciación. Su aseveración de que no había ninguna palabra para «todos» en arameo también se demuestra falsa por referencia al *Porta Linguarum Orientalium*. Todo esto no es una cuestión de sutilezas sobre detalles irrelevantes. El Concilio de Nicea contendió con el problema de añadir una letra a la palabra *homoousios* que cambiaba el significado del término. Como León XIII dijo en *Satis Cognitum*: «Nada es más peligroso que los herejes que, mientras que conservan casi todo el remanente de la enseñanza de la Iglesia intacto, *corrompen con una simple palabra* (el subrayado es mío), como una gota de veneno, la pureza y la simplicidad de la fe que hemos recibido de Dios a través de la Tradición y a través de los Apóstoles».

Se ha señalado que Joachim no fue el primero en sugerir esta falsa traducción de *multis* a «todos». Patrick Omlor ha publicado recientemente un muy completo sumario del problema —respondiendo con claridad a aquéllos que han objetado o han criticado su posición. El intitulado *Cuestionando la Validez del Caso McCarthy*, está disponible en Preserving Christian Publications, 283 1st Street, Albany, N. Y., 12206, EE.UU.; o en Joseph M. Omlor, P.O. box 650, South Perth, WA. 6151, Australia.

Las palabras *pro vobis et pro multis* [«por vosotros y por muchos»] se usan para distinguir la *virtud* de la Sangre de Cristo de sus *frutos*: pues la Sangre de nuestro Salvador es de valor *suficiente* para salvar a todos los hombres, pero sus *frutos* sólo son aplicables a un cierto número y no a todos, y esto es por su propia falta. O, como los teólogos dicen, esta Sangre precisa es (en sí misma) *suficientemente* (*sufficienter*) capaz de salvar a todos los hombres, pero (por nuestra parte) *eficazmente* (*efficaciter*) no salva a todos —salva sólo a aquéllos que cooperan con la gracia [*Tratado sobre la Santa Eucaristía*, el subrayado es mío]⁷⁶.

A este propósito el Papa Benedicto XIV (1740-1758) discutió este problema y declaró que esta enseñanza «explica correctamente» el uso de Cristo de «por muchos», como opuesto a «por todos» (*De Sacrosanctae Missae Sacrificio*).

En vista de la enseñanza constante de la Iglesia, este cambio de «muchos» a «todos» en las traducciones a lenguas modernas del latín original del Nuevo Orden de la Misa no puede ser accidental⁷⁷. El original latino del *Novus Ordo Missae* todavía usa *multis*, pero ¿cuán a menudo se oye el *Novus Ordo Missae* en latín? Además, esta falsa traducción acaece en casi todas las versiones vernáculas: por ejemplo, en alemán, *für alle*; en italiano, *tutti*; y en francés, la vaga palabra *la multitude*⁷⁸. En polaco, por alguna razón, «muchos» se mantiene. Roma claramente aprobó las cambiadas «traducciones» (*Documentos sobre la liturgia*, No. 1445, Nota a pie de página R 13). Según el Arzobispo Rembert Weakland de Milwaukee, Pablo VI se reservó para sí la aprobación de las traducciones vernáculas de la Narrativa de la Institución, y sobre todo de la palabra *multis*. Dado todo este trasfondo, es difícil evitar la conclusión de que la herejía de la *apocatástasis* se está promoviendo con la expresión de la «Consagración» del Nuevo Orden de la Misa —es decir, la herejía sostenida por muchos de nuestros «hermanos separados» (como los anabaptistas, los Hermanos moravos, los cristadelfinos, protestantes racionalistas, universalistas y teilhardianos), a saber, (la falsa idea) de que todos los hombres se salvarán⁷⁹.

⁷⁶ Sto. Tomás de Aquino expresa la misma opinión en *Summa*, III, Q. 78, Ad 3.

⁷⁷ También lo confirma el aserto de Sto. Tomás de que estas palabras son «determinaciones del predicado».

⁷⁸ Algunos devocionarios franceses usan la frase *un grand nombre* (un gran número).

⁷⁹ Para un estudio interesante de cómo esta enseñanza está implícita en los discursos y escritos de Juan Pablo II, ver P. Louis-Marie de Balignieres, *Juan Pablo II y la Doctrina católica* (1983), distribuido por *The Roman Catholic Association*, Oyster Bay Cove, NY 11771. También ver *Philosophie et*

La Aclamación Memorial

Como se ha mencionado arriba, la frase *Mysterium Fidei* («El Misterio de Fe») es parte de la forma de la Consagración en la Misa Tradicional. En la Nueva Misa, la frase ha sido alejada de la forma y puesta en la introducción a la «Aclamación Memorial» del pueblo, implicando así que el Misterio de Fe es la Muerte, Resurrección y Venida Final de Nuestro Señor, en lugar de Su «Presencia Real» en el altar. Tampoco las otras Aclamaciones Memoriales son más específicas; por ejemplo, «Cuando comemos este pan y bebemos esta copa nosotros proclamamos Tu muerte, Señor Jesús, hasta que Tú vengas en gloria».

El Arzobispo Annibale Bugnini, arquitecto principal de la Nueva Misa, nos informa en sus memorias que discutió este problema directamente con Pablo VI. El Concilium había deseado dejar el texto de la «Aclamación Memorial» a los diversos Comités Nacionales de Obispos sobre la Liturgia, pero Pablo VI urgió a que «una serie de aclamaciones (5 ó 6) deben prepararse para [usar] después de la consagración». Según el Arzobispo Bugnini, Pablo VI temió que «si la iniciativa se dejaba a los Comités de Obispos, se introducirían aclamaciones impropias como «Señor mío y Dios mío»⁸⁰. La Iglesia Católica siempre ha alentado tradicionalmente el uso por el pueblo, en privado y en silencio, en la Elevación de la Hostia durante la Misa y la Bendición, de la oración jaculatoria «Señor mío y Dios mío»; el Papa S. Pío X otorgó abundantes indulgencias a esta práctica, puesto que afirma la creencia en la Presencia Real y da alabanzas a Dios.

El Cuerpo de Cristo

En la Misa Tradicional, la fórmula que el sacerdote recita mientras distribuye la Sagrada Comunión es, «La Sangre de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para

theologie de Karol Wojtyla de Wiegand Siebel (Basilea: SAKA, 1989). Una traducción inglesa de este libro está en preparación en el momento de esta redacción.

⁸⁰ Sin embargo «Señor mío y Dios mío» se permite en Irlanda

la vida eterna. Amén». Esto también ha sido cambiado. La nueva fórmula es simple, «El Cuerpo de Cristo».

Algunos conservadores pretenden que la Presencia Real es afirmada cuando el «sacerdote-presidente» dice esta frase. Eso no es así. Según la Instrucción del Comité de los Obispos norteamericanos para la Liturgia,

El uso de la frase «el cuerpo de Cristo, Amén», en el rito de la comunión afirma de una manera muy poderosa la presencia y el papel de la comunidad. El ministro [sic] reconoce que la persona está por causa del bautismo y la confirmación y lo que la comunidad es y hace en la acción litúrgica... El cambio al uso de la frase «El cuerpo de Cristo», en lugar de la fórmula larga que anteriormente decía el sacerdote, tiene varias repercusiones en la renovación litúrgica. Primero, pretende resaltar el concepto importante de la comunidad como el cuerpo de Cristo; en segundo lugar, lleva a enfocar el asentimiento del individuo en el culto de la comunidad, y finalmente, demuestra la importancia de la presencia de Cristo en la celebración litúrgica⁸¹.

Y de hecho, de acuerdo con este «Nuevo Evangelio», el Comité de los Obispos norteamericanos para la Liturgia ¡prohibió estrictamente que el sacerdote dijera, «Éste es el Cuerpo de Cristo»!

El Altar se Convierte en Mesa

Ahora todo este «alimento espiritual» se efectúa, no en un altar, cuya finalidad es el sacrificio, sino en una mesa. Una altar de piedra que contiene las reliquias ya no se necesita para la Misa que se celebrará en lo sucesivo. Los sagrarios ya no se colocarán en estas mesas, como están en los altares del Rito Tradicional —de hecho, si estuvieran, el sacerdote-presidente tendría gran problema en dirigirse y ver a su congregación⁸². Los seis cirios usados en la Misa Mayor, y que recuerdan al Menorah

⁸¹ Los Obispos norteamericanos han negado esta declaración recientemente. El asunto se debatió en *The Remnant* (St Paul, Minn., EE.UU.), el 15 de Septiembre de 1990.

⁸² Muchos católicos posconciliares conservadores arguyen que el traslado de los sagrarios fue un «exceso». Ellos están equivocados. Se ordenó directamente por Roma con la indicación de que se tras-

judío del Antiguo Testamento (el Candelabro de Siete brazos), con Cristo, la Luz del Mundo que es ahora el central y séptimo «cirio», se han perdido. Mientras dice la Misa el sacerdote ya no mira al crucifijo que, según *La Enciclopedia católica* (ed. de 1908), es «el ornamento principal del altar... puesto [allí] para recordar al celebrante y al pueblo que la Víctima ofrecida en el altar es la misma que la que se ofreció en la Cruz», y «que debe colocarse en el altar cada vez que la Misa se celebre»⁸³. En cambio, el «presidente» ahora mira sobre el altar sólo a ¡un micrófono! (Algunos sacerdotes conservadores mantienen un crucifijo tumbado sobre la mesa, pero cosas así no se ordenaron). El altar ya no está cubierto con tres manteles de lino o cáñamo, para absorber cualquier posible derrame de la Preciosa Sangre de Nuestro Señor — manteles simbólicos del sudario⁸⁴ en que el Cuerpo de Nuestro Señor fue envuelto. Ni es ahora un requisito usar lino —se usará cualquier material.

Se han perdido las barandillas del presbiterio, para que el santuario (el sagrado cercado donde Santo el Sacrificio de la Misa se ofrece) se una a la nave (donde se sitúa tradicionalmente el pueblo mientras asiste a la Misa) —la distinción entre el santuario y el «mundo» (siempre cuidadosamente hecha en todas las iglesias católicas tradicionales) se destruye de la misma manera que la anteriormente bien definida distinción entre el sacerdote y el seglar. (La comunión se recibe en la mano y de pie — si no se distribuye en una cesta.) El «presidente» besa la «mesa» sólo dos veces, comparado con las 8 veces en la Misa Tradicional y de ningún modo antes de cada bendición y *Dominus vobiscum* («El Señor esté con vosotros), como antes. Nosotros no podemos ayudar pero podemos recordar que el Reformador protestante Cranmer del siglo XVI dijo: «El uso de un altar es sacrificar sobre él; el uso de una mesa es servirles a los hombres para comer sobre ella»⁸⁵.

ladaran al lado de las capillas. Ver P. Anthony Cekada, «A Response», *The Roman Catholic*, enero de 1987.

⁸³ Citado por Benedicto XIV, Constitución *Accepimus*, 1746.

⁸⁴ Los tres manteles también son simbólicos de la triple división del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia Militante, la Iglesia Doliente y la Iglesia Triunfante.

⁸⁵ Citado de *The Works of Thomas Cranmer* (Londres: Parker Society), v. 2, pág. 524. Aquí la pre-sunción es que las diversas acciones del sacerdote en la Misa Tradicional son arbitrarias y sin significado metafísico. Que ese no es el caso se muestra claramente por P. James Meagher, D.D., *How Christ Said the First Mass* (Rockford, IL.: TAN, 1984). El *Novus Ordo Missae*, sin embargo, es claramente el producto de decisiones arbitrarias y completamente humanas.

Según M. Davies, esta cita, aunque atribuida a Cranmer, fue hecha por Nicolás Ridley, Obispo de Londres en 1550. (*The Liturgical Revolution*, Angelus Press, Texas, 1983, página 33).

En cuanto al sacerdote-presidente, ya no dice el *Lavabo innocentes*... («Lavaré mis manos entre los inocentes y estaré alrededor de Tu altar, Señor!») en el momento del Ofertorio. En cambio, él ahora recita un único verso del Salmo 50 en el que no se menciona ningún altar y en el que simplemente pide a Dios que perdone sus pecados.

Y la «comida» imaginaria se lleva más allá. De los vasos sagrados no se ocupan ya sólo aquéllos que tienen Órdenes Sagradas, o al menos sólo los sacristanes especialmente designados; sino que ahora son manipulados por seglares, a menudo escogidos al azar entre la congregación. Ni los vasos están ya necesariamente hechos de metales preciosos (oro y plata) y cubiertos con un velo, simbólico de su carácter misterioso y sagrado. Al final del presente servicio de «comida-tipo», la «copa» no necesita ser purificada enseguida: su purificación puede posponerse para más tarde. En algunos lugares (de acuerdo con rúbricas «opcionales»), se entrega, impura, a un seglar que la aparta a una mesa auxiliar. Los signos de la Cruz se reducen a sólo 3, comparados con los 33 en la Misa Tradicional (y 48 bendiciones con la Señal de la Cruz, a fin de cuentas), pero a estas alturas, uno apenas debe sorprenderse.

El Sacerdote Mirando al Pueblo

Todas estas cosas se hacen con el sacerdote mirando a la congregación. Su colocación ya no simboliza el hecho de que él es un intermediario entre Dios y el hombre, como en la Misa Tradicional donde mira al Sagrario, sino que ahora es el «presidente» de una asamblea, que preside la mesa alrededor de la cual los creyentes se reúnen y se «refrescan» ellos mismos en la «cena conmemorativa». (Todas estas frases son de la Instrucción General.) Con grandes gastos, se han destruido los altares en muchas de nuestras iglesias y se han reemplazado por mesas, puestas —al menos simbólicamente, desde que a menudo no hay ninguna distinción entre santuario y nave— en el centro de la comunidad.

¿Por qué este último extraordinario y simbólicamente importante cambio? El cardenal Lercaro, el presidente del *Concilium* (que creó el Nuevo Rito), nos informó que esto «constituye una celebración de la Eucaristía que es auténtica y más comuni-

taria...» (DOL., No. 428)⁸⁶. Pablo VI aprobó la nueva disposición, porque el altar estaba ahora «puesto para el diálogo con la asamblea», y porque era una de las cosas que hicieron de la Misa del domingo, «no tanto una obligación, sino un deleite; no sólo cumplido como un deber, sino reclamado como un derecho», (DOL., No. 430).

La importancia simbólica del cambio de posición del «presidente» también es muy grande. ¿Cómo puede un sacerdote realizar un Sacrificio a Dios tanto como un *alter Christus* («otro Cristo») y como un intermediario entre el hombre y Dios, por un lado, cuando por otro lado está mirando a la congregación «ontológica»? Muchas religiones aparte del catolicismo tienen ritos sacrificiales, pero en ninguna de ellas se ha visto esta inversión. Y dentro de la tradición católica no hay más precedente para el sacerdote mirando a la congregación que para el laicado que se reúne alrededor de una mesa para compartir un «seder» judío o comida-tipo de Pascua⁸⁷. ¿Puede alguien imaginar al Sumo Sacerdote de los antiguos judíos actuar de esta manera ante el Sancta Sanctorum? ¿Puede imaginarse a un niño pidiendo el perdón de su padre mientras mira a sus camaradas de la escuela? Sea como fuere, esta inversión de la posición del sacerdote deja clara una vez más la naturaleza no sacrificatoria y la intención del *Novus Ordo Missae*.

Es totalmente falso afirmar que la práctica del sacerdote mirando al pueblo es un retorno a la práctica primitiva. En la Última Cena, los Apóstoles no se sentaron alrededor de la mesa de cualquier manera, sino, más bien, como en cualquier fiesta judía solemne, ellos se sentaron de cara al Templo de Jerusalén. Como Mons. Klaus Gamber, Director del Instituto Litúrgico en Regensburg declaró, «nunca hubo una celebración *versus populum* [«de cara al pueblo»] ni en la iglesia Oriental ni en la Occidental. En cambio, había una orientación hacia el este». No es sorprendente que fuera Martín Lutero quien primero sugirió esta inversión. Es verdad que había ciertas igle-

⁸⁶ El cardenal Lercaro, anteriormente Obispo de Bolonia y apodado el «Obispo Rojo» (*The New Montinian Church*, P. Joaquín Arriaga, Lucidi, California, 1985), era presidente del *Concilium* que creó el *Novus Ordo Missae*. El Arzobispo Bugnini era secretario. En vista de las afiliaciones comunistas anteriores y la posterior conexión francmasónica, no es sorprendente que la Nueva Misa resultante sea lo que es. Debe recordarse que, dado que el *Concilium* creó la Misa, Pablo VI y los papas posconciliares son jurídicamente responsables por su promulgación.

⁸⁷ Es de interés señalar que la práctica del sacerdote mirando a la congregación se ejerció entre sacerdotes que trabajaban con los Boy Scouts y otros movimientos de juventud en Italia ya en 1933. Un capellán del Movimiento de Juventud católico en ese momento era el P. Giovanni Battista Montini, el futuro Pablo VI. (Ver P. Francesco Ricossa, «La Revolución Litúrgica», *The Roman Catholic*, febrero, 1987).

sias en que el sacerdote daba «la cara al pueblo», pero esto era porque las restricciones arquitectónicas impusieron algunas veces esta necesidad para tener el altar situado encima de una tumba sagrada en particular —como en S. Pedro y Sta. Cecilia en Roma. El Padre Louis Bouver en su *Liturgia y Arquitectura* ha mostrado concluyentemente que no hay absolutamente ninguna evidencia de que en la antigüedad el sacerdote, por cualquier razón, encarase nunca al pueblo mientras decía la Misa. Aquellos que hablaron de volver a la Cristiandad primitiva —los «Reformadores» protestantes o teólogos posconciliares— habrían hecho bien en recordar la queja que Nuestro Señor hizo por boca del Profeta Jeremías: «Ellos han vuelto sus espaldas a mí, y no sus caras". (Jer. 2:27-sig.)

La verdad del asunto es que el sacerdote, siempre que sea posible, se encara al Este. Y esto es, como Sto. Tomás de Aquino nos dice, porque: 1) La manera en que los cielos se mueven del Este al Oeste simboliza la majestad de Dios; 2) Simboliza nuestro deseo de volver al Paraíso; y 3) Se espera que Cristo, la Luz del Mundo, vuelva desde el Este. (*Summa*, II-II, Q. 84, 3 ad. 3).

¿Es Aceptable Una Consagración Dudosa?

Es duro ver cómo los llamados conservadores pueden argumentar que los cambios en la Misa, y sobre todo, los cambios en la fórmula de la consagración, no han vuelto la Misa inválida. Ciertamente, ante la evidencia dada, deben estar de acuerdo, al menos, en que la cuestión está abierta al debate. Pero si está abierta al debate, hay duda —y sobre todo, hay duda con respecto a la forma (las palabras) de la Consagración.

Bajo tales circunstancias, los católicos están obligados a abstenerse de cualquier participación en tales ritos. Escuchemos lo que dos manuales teológicos normales de antes del Concilio Vaticano Segundo tenían que decir sobre el empleo de una forma dudosa de un Sacramento:

En la dispensación de los sacramentos, como también en la consagración en la Misa, nunca se permitía adoptar un criterio de acción probable acerca de la validez y abandonar el criterio más seguro. Lo contrario fue condenado explícitamente por el Papa Inocencio XI [1670-1676]. Hacer tal cosa sería un pecado penoso contra la religión, es decir un acto de irreverencia hacia lo que Cristo Nuestro Señor ha instituido. Sería un pecado penoso contra la caridad, puesto que el destinatario probablemente sería privado de las gracias y

efectos del sacramento. Sería un pecado penoso contra la justicia, puesto que el destinatario tiene derecho a los sacramentos válidos⁸⁸.

La materia y la forma deben ser ciertamente válidas. Por lo tanto uno no puede seguir un criterio probable y usar una materia o una forma dudosa. Actuando de otro modo, uno comete un sacrilegio⁸⁹.

No maravilla entonces que teólogos preconciarios como J. M. Hervé instruyan al sacerdote a

No omitir nada, no agregar nada, no cambiar nada de la forma; Tener cuidado con trans mutar, corromper o interrumpir las palabras⁹⁰.

Por consiguiente, es indefendible distribuir o recibir un Sacramento cuya validez es sólo «probable». La validez debe ser *cierta*.

El Sacramento de la Unidad

Desde el Concilio Vaticano II, nos han dicho repetidamente que la Eucaristía es el «sacramento de la unidad». Uno debe ser cuidadoso de cómo entiende esta frase perfectamente legítima. La Iglesia tradicionalmente enseña que sólo los católicos en estado de gracia pueden recibir mercedamente las Sagradas Especies. La unidad es, por definición, una característica de la Verdadera Iglesia, y aquéllos que tienen el privilegio de recibir la Comunión de ella participan de esa unidad.

Como se ha señalado en otra parte, el concepto posconciliar de «unidad» es enormemente diferente. La actitud predominante entre la jerarquía presente en Roma imagina a la Iglesia como habiendo perdido su «unidad» con aquéllos que están fuera de ella, debido principalmente a sus propias faltas. Por consiguiente, ella busca restablecer esta unidad por un ecumenismo falso —el *Código de Derecho Canónico* de

⁸⁸ P. Henry Davis, S.J., *Moral and Pastoral Theology* (Londres: Sheed and Ward, 1936), v. 2, pág. 27.

⁸⁹ P. Heribert Jone, *Moral Theology* (Westminster, MD: Newman, 1952), pág. 323.

⁹⁰ Canónigo J. M. Hervé, *Manuale Theologiae Dogmaticae* (París: Berche et Pagis, 1934).

1983, por ejemplo, permite a los separados de la Iglesia unirse a ella participando en la Eucaristía, bajo ciertas circunstancias, y esto sin exigir de forma alguna que ellos acepten la plenitud de la Fe católica, o que estén en estado de gracia. Todo lo que necesitan hacer en realidad es muestra de «alguna señal de creencia en estos sacramentos consonante con la fe de la Iglesia». (Ver también DOL., Nos. 1022 y 1029). «Alguna señal de creencia» es, por decir algo, una frase vaga. Y además, es ambigua tanto si la «consonancia» de su creencia es estar con la enseñanza tradicional de la Iglesia, como sólo con la nueva, la pervertida teología posconciliar. Ciertamente, si nuestros «hermanos separados» tuvieran plena creencia, ellos se volverían católicos. Pero muchos protestantes que están en un estado de pecado mortal pueden decir que tienen «alguna señal de creencia» en la Eucaristía.

Sea como fuere, a los no católicos ahora se les permite a menudo participar en el rito posconciliar, y esto se contiene tanto en la práctica como en el nuevo Código de Derecho Canónico⁹¹. Y por qué esto no había de ser así, cuando uno considera el texto siguiente tomado de los documentos del Vaticano II:

Las Comunidades eclesiales separadas de nosotros no tienen la unidad plena con nosotros que deriva del bautismo... No obstante, cuando en la Cena del Señor ellos conmemoran Su muerte y resurrección, atestiguan el signo de la vida en la comunión con Cristo y esperan Su Segunda Venida gloriosa. (*Decreto sobre el Ecumenismo*).

La Instrucción General

Hasta ahora hemos mostrado que todo en la Nueva Misa apunta en una dirección. Fue creada para acomodar a los protestantes y fomentar esa unidad que es la «misión interior» de la «la Nueva Iglesia»⁹². Esto es por lo que, parecería, la Nueva

⁹¹ Ver los Cánones 844-4, 843-1 y 912, *Code of Canon Law, Text and Commentary* (Nueva York: Paulist, 1985). Los comentarios dejan esto aun más claro que los Cánones. También, los papas posconciliares han sido personalmente conocidos por autorizar la intercomuni6n sin conversi6n o Confesi6n.

⁹² El Decreto sobre el Ecumenismo del Vaticano II se titula *Unitatis Reintegratio* —literalmente, «La Restauraci6n de la Unidad». Nos dice que «es el prop6sito del Concilio... nutrir cualquier cosa que pueda contribuir a la unidad de todos los que creen en Cristo».

Misa niega la naturaleza sacrificatoria de la Misa implícitamente. Pero hay más. La Instrucción General en el *Novus Ordo* declara que no es el sacerdote-presidente quien celebra el rito, sino el «pueblo de Dios», o la «comunidad». Examinaremos ahora esta Instrucción General y, sobre todo, la definición que contiene de la Misa.

La Instrucción General sirve como una suerte de prólogo al Nuevo Rito y se promulgó junto con la Constitución *Missale Romanum* de Pablo VI. Se encontrará en los nuevos misales ocupando el mismo sitio que la Bula *Quo Primum* (1570) y la Instrucción *De Defectibus* (1572) ocuparon en el misal romano tradicional. Según la Sagrada Congregación para el Culto Divino, «La Instrucción es un resumen y aplicación exactos de los principios doctrinales y normas prácticas sobre la Eucaristía que están contenidos en la Constitución Conciliar...» y «busca proveer las directrices para la catequesis de los fieles y ofrecer el criterio principal para la celebración eucarística...». El cardenal Villot es aún más específico:

La Instrucción General no es una mera colección de rúbricas, sino una síntesis de principios teológicos, ascéticos [y] pastorales que son indispensables para un conocimiento doctrinal de la Misa, para su celebración, su catequesis y sus dimensiones pastorales. (DOL., No. 1780).

Si nosotros hemos de entender el Nuevo Rito, debemos tener el recurso de esta Instrucción General —incluso si como Michael Davies dice, es «uno de los documentos más deplorables nunca aprobados por ningún Sumo Pontífice»⁹³. Es más, debe quedar claro que, sin tener en cuenta quién la escribió realmente, fue Pablo VI por su facultad oficial quién la promulgó.

Definiendo la Nueva Misa

Volvámonos en primer lugar a lo que fue el pasaje más polémico de la Instrucción General cuando apareció originalmente en 1969:

7. La Cena del Señor o Misa es la sagrada asamblea o congregación del pueblo de Dios reunido, con un sacerdote que preside, para celebrar el me-

⁹³ PPNM., pág. 280.

morial del Señor. Por esta razón la promesa de Cristo se aplica supremamente a la congregación local de la Iglesia: «Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ellos». (Mat. 1:20). (DOL., No. 1397).

8. La Misa está compuesta por la liturgia de la palabra y la liturgia de la Eucaristía, dos partes tan estrechamente conectadas que no forman sino un solo acto de culto, porque en la Misa la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo se pone para el pueblo de Dios, para recibir de él instrucción y alimento. Hay también ciertos ritos para iniciar y concluir la celebración. (DOL., No. 1398).

En la Misa Tradicional es claramente sólo el sacerdote quién celebra; la Presencia Real se efectúa independiente e indiferentemente de si una «asamblea» está presente o no. En la definición anterior, sin embargo, cuando uno considera en realidad lo que se ha dicho exactamente en este documento, la frase «con un sacerdote que preside» no es de ningún modo esencial a lo que ocurre. Uno sólo tiene que omitir esta frase para ver que la acción del rito se realiza por la «asamblea o congregación del pueblo de Dios reunido». Comprobémoslo: «La Cena del Señor o la Misa es la sagrada asamblea o congregación del pueblo de Dios reunido... para celebrar el memorial del Señor». (DOL., No. 1397, con las palabras «con un sacerdote que preside» omitidas donde la elipsis [...] aparece.)

Otras frases de la Instrucción General refuerzan tal interpretación. Así, el párrafo 60 declara que el sacerdote «une al pueblo a él mismo en la ofrenda del sacrificio», y el párrafo 62 declara que «el pueblo de Dios... ofrece la víctima, no por medio de las manos del sacerdote, sino también junto con él». Y el asunto se recalca continuamente dentro del propio Rito por el uso insistente de «nosotros» en todas las oraciones. (En la Misa Tradicional, el sacerdote usa «yo» al referirse a «quién» es el que ofrece la Misa.)

El concepto del sacerdote «que preside», a pesar del hecho que se encuentra en Justino Mártir (una Padre de la Iglesia primitiva), es una innovación. El verbo «presidir» viene del latino *praesedere* que significa literalmente «sentarse en el primer lugar» y significa, como el Diccionario Webster declara, «ocupar el lugar de autoridad, como un presidente, un gerente, un moderador, etc.» Presidir una acción de ninguna manera significa llevar a cabo la acción personalmente —de hecho, en casi cada situación donde una persona «preside», realmente se aísla de la acción realizada. El Presidente de la Asamblea francesa, por ejemplo, ¡ni siquiera vota! Ni lo hace el

Presidente del Senado norteamericano, excepto cuando hay necesidad de deshacer un empate⁹⁴.

Según esta nueva definición, la Misa aún se hace equivalente a la Cena del Señor. Mientras que la frase puede encontrarse en la Escritura (I Cor. 11:20), no está en ninguna parte de la tradición teológica católica. De hecho, la frase «la Cena de Señor» se usó específicamente por los Reformadores protestantes del siglo XVI para distinguir sus servicios de la Misa católica. Sugerir hoy que los dos son equivalentes es una abominación para los católicos que conozcan su religión.

Mucho peor es la declaración de que «la promesa de Cristo se aplica supremamente a la congregación local.. “Donde dos o tres se reúnen en Mi nombre, yo estoy en medio de ellos”». Aclaremos el significado. ¡Si se acepta esto, Cristo no está más presente en la Nueva Misa de Pablo VI que lo está cuando un padre reúne a sus hijos para las oraciones vespertinas! Uno se acuerda de la declaración del Reformador protestante Cranmer cuando este problema se planteó con respecto al rito anglicano: «Cristo está presente dondequiera que la iglesia Le hace oración, y se reúne en Su nombre...».

Muchos se horrorizaron por esta definición. Como declara el *Estudio Crítico del Nuevo Orden de la Misa* enviado a Pablo VI por los Cardenales Ottaviani y Bacci, de ninguna manera implica

ni la Presencia Real, ni la realidad del sacrificio, ni la función sacramental del sacerdote consagrando o el valor intrínseco del Sacrificio Eucarístico independiente de la presencia del pueblo ... En una palabra, no implica ninguno de los valores dogmáticos esenciales de la Misa.

⁹⁴ El término «presidente» (*praestoos* en griego) se encuentra en la Primera Apología de S. Justino Mártir, escrita para el Emperador Antonino Pío, un pagano. El P. Anthony Cekada nota en un libro en preparación que es bastante posible que Justino escogiera el término para distinguir el sacerdocio cristiano del sacerdocio pagano. En el contexto del *Novus Ordo Missae*, es imposible divorciar el significado de «presidente» de sus connotaciones políticas. Esta ambigüedad es más satisfactoria a aquéllos que, de acuerdo con la teología protestante, consideran al «ministro», no como llamado (por medio de una llamada divina, la «vocación») por Dios, sino como una persona escogida por la congregación.

Una Instrucción General «Revisada»

En un intento por obviar éstas y otras críticas que el *Estudio Crítico* de los Cardenales presentó, se publicó una segunda versión de la Instrucción General —en 1970. Que esta nueva versión era de hecho un «lavado de cara» de estos problemas está bastante claro; los responsables (finalmente, de nuevo, Pablo VI, porque era por su autoridad que todas estas cosas fueron hechas) tuvieron la audacia de declarar que repasando la versión inicial ellos «no encontraron ningún error doctrinal». Debe agregarse, y recalarse, que ¡no se hizo ningún cambio en el Rito mismo!

Una revisión de la Instrucción General, tanto antes como después de su publicación por los Padres y *periti* del Concilio, no encontró ninguna razón por cambiar la composición material o algún error en la doctrina. (DOL., No. 1371).

De hecho, que ellos no cambiaran en absoluto la Instrucción General fue, en sus propias palabras, «para evitar dificultades de todo tipo, y para hacer ciertas expresiones más claras...» Nos aseguraron que absolutamente «ninguna innovación fue introducida» en la segunda versión y que «las enmiendas eran pocas en número, a veces de pequeña importancia, o concerniendo sólo al estilo». (DOL., No. 1371).

Sin embargo la versión enmendada cumplió su cometido. A pesar de semejantes declaraciones bien definidas, y a pesar del hecho de que la nueva versión de la Instrucción General de ninguna manera «clarificó» las expresiones, sino que las oscureció, los católicos conservadores asistentes al *Novus Ordo* se suavizaron y además elevaron poco la protesta. Consideremos cómo se lee ahora la definición:

7. En la Misa o Cena del Señor, el pueblo de Dios se reúne, con un sacerdote que preside y que actúa en la persona de Cristo, para celebrar el memorial del Señor o sacrificio eucarístico. Por esta razón la promesa de Cristo se aplica supremamente...

Una lectura cuidadosa de esta definición cambiada mostrará que sus autores eran exactos cuando ellos dijeron que «ninguna innovación fue introducida» —uno tiene que sonreír al expresarse el innovador de esta manera— y que «las enmiendas eran sólo una cuestión de estilo».

A pesar de todo una Cena

En primer lugar, la «nueva» Instrucción General a pesar de todo hizo la Misa equivalente a «la Cena del Señor»; es más, esta igualación de las dos, es decir, la Misa y la Cena del Señor que en realidad y en la teología católica son fundamentalmente diferentes, manifiesta un patrón insistente. La protesta de los Cardenales romanos teólogos en su *Estudio Crítico* sostiene la rectificación de *ambas* versiones de la Instrucción General. En ambas versiones, como ellos dijeron, la Misa «se designa por muchísimas expresiones diferentes, todas relativamente aceptables, pero todas inaceptables si son empleadas separadamente y en un sentido absoluto». El estudio citó como ejemplos: «La Acción de Cristo y del Pueblo de Dios», «la Cena del Señor o Misa», «el Banquete Pascual», «la participación común en la mesa del Señor», «el memorial del Señor», «la Plegaria eucarística», «la Liturgia de la palabra» y la «Liturgia Eucarística» etc.

A pesar de todo un Presidente

La frase que habla de «un sacerdote que preside» es no obstante accesoria para la definición de la Nueva Misa como la Instrucción General la da. Lo que se ha agregado por la nueva Instrucción General es que el sacerdote está «actuando en la persona de Cristo». Pero el sacerdote puede actuar en la persona de Cristo en una variedad de maneras distinta que como un sacerdote *que sacrifica* (que es el entendimiento esencial y tradicional de la naturaleza del sacerdocio), como por ejemplo, cuando él enseña, exhorta, aconseja o exorciza en el nombre del Señor; y por lo tanto, ningún cambio sustancial se produce en el significado de lo que la nueva Instrucción General dice que la Misa *realmente* es por su adición de la frase «con un sacerdote que preside y actuando en la persona de Cristo» a la definición proporcionada por la Instrucción General original. Además, como en la primera versión, la frase entera puede omitirse sin destruir el sentido de la definición. (Cf. pp. 63-64).

Otras partes de la «enmendada» Instrucción General, a pesar de la inserción de varias alusiones ambiguas a lo que la Misa es, no contradicen de ninguna manera la

definición original de la Misa en la primera Instrucción General como siendo «la Cena del Señor» o «memorial del Señor». (párr. 7).

Para evitar la imputación de que o yo he interpretado mal la definición de la Instrucción General de la Misa o de algún modo he juzgado mal el documento en esta consideración, permítaseme proporcionar dos aseveraciones que arrojan luz sobre cómo será entendido el concepto de «presidencia» en la Instrucción. La primera está tomada del *Precepto Litúrgico Hoy* del Padre Thomas Richstatter, un texto usado en los seminarios modernos:

El sacerdote asimismo mira su relación al laicado en una nueva perspectiva. El sacerdote ya no es uno «delegado oficialmente» para realizar una acción clerical en la que el pueblo está invitado a participar. Por ejemplo, la segunda edición de la Instrucción General en el Misal romano rehusa sistemáticamente hablar del sacerdote como «el celebrante», como si sólo el sacerdote celebrase. *Es la comunidad quien celebra la liturgia* [el subrayado es mío]. El sacerdote que celebra tiene diferentes responsabilidades que el laicado, pero no es el sacerdote solamente quién celebra. El sacerdote mira su papel más como un papel de liderazgo dentro de una acción que pertenece a la comunidad⁹⁵.

De nuevo, consideremos la cita siguiente del comentario sobre la Instrucción General que fue escrito y revisado, entre otros, por el Padre Martín Patino, uno de los miembros del Concilium que asistió en la preparación del *Nuevo Orden de la Misa*:

La [nueva] misa no es un acto del sacerdote con quien el pueblo se une, como se explicaba. La Eucaristía es, más bien, un acto del pueblo, a quien los ministros sirven haciendo al Salvador presente sacramentalmente... Esta anterior formulación que corresponde a la teología clásica de siglos recientes fue rechazada porque ponía lo que era relativo y ministerial (la jerarquía) sobre lo que era ontológico y absoluto (el pueblo de Dios)⁹⁶.

⁹⁵ Thomas Richstatter, O.F.M., *Liturgical Law Today: New Style, New Spirit* (Chicago: Franciscan Herald Press, 1977), pág. 174.

⁹⁶ *The New Order of Mass, Official Text of Instruction, English Version and Commentary*, traducido por los Monjes de la Abadía de Mount Angel (Collegetown, MN.; Liturgical Press, 1977).

El Arzobispo Rembert Weakland ha declarado públicamente «el Culto no significa expresar un sentimiento de infinito o eternidad del mundo del más allá, una experiencia del hombre que se aproxima a

Perpetuando la Ambigüedad

Un cambio ulterior, o más bien un añadido, fue hecho en la definición dada en el párrafo 7 de la nueva Instrucción General. Después de la cita de Mateo, se agregó,

Por la celebración de la Misa, que perpetúa el sacrificio de la cruz, Cristo está realmente presente a la asamblea reunida en su nombre; está presente en la persona del ministro, en su propia palabra, y en verdad substancial y permanentemente bajo los elementos eucarísticos⁹⁷.

Una vez más, no hay nada en estas frases ambiguas que realmente ofenda a un protestante. En ninguna parte se nos informa que la celebración implicada es otra cosa que un memorial —y la palabra «memorial», como la frase «la Cena del Señor», es otro término de la Reforma protestante del siglo XVI para distinguir un servicio protestante de la Misa católica. La nueva versión de la Instrucción General manifiesta que la Misa «perpetúa» el Sacrificio de la Cruz; esto es otro pedacito de la artimaña ecuménica. La expresión tradicional es que la Misa «re-establece» o «re-presenta» el Sacrificio de la Cruz. Además, la Instrucción declara que Cristo está

Dios. ¡No! La Misa es sólo la sensibilidad común de que yo soy uno con mi hermano de al lado y que nuestro canto es para nuestra situación común en el siglo XX». (Catholic Eye, 26 de Nov. de 1990)

⁹⁷ Las adiciones recuerdan la siguiente proposición condenada del falso Sínodo de Pistoia que declaró:

«Después de la Consagración Cristo está verdaderamente, realmente y substancialmente presente bajo las apariencias [de pan y vino], y la substancia entera del pan y el vino ha dejado de existir, quedando sólo las apariencias».

Esta declaración fue condenada en la Bula *Auctorum Fidei* como «perniciosa, derogatoria de la exposición de la verdad católica sobre el dogma de la transustanciación y favorable a los herejes» (Denzinger 1529). La razón es que «omite completamente hacer ninguna mención de la *transustanciación* o de la conversión de la substancia entera del pan en el Cuerpo, y de la substancia entera del vino en la Sangre que el Concilio de Trento definió como un artículo de fe... a tal grado que por medio de una omisión desautorizada y sospechosa de este tipo, la atención es distraída de un artículo de fe y de una palabra consagrada por la Iglesia para salvaguardar la profesión del artículo contra las herejías, y tiende, por consiguiente, a resultar siendo olvidado como si fuera meramente una cuestión escolástica».

«realmente» presente, tanto en la asamblea como en el sacerdote como en Sus (de Cristo) palabras. No hay nada dentro de la «nueva» Instrucción General que nos sugiera que Él está más presente en otras partes o «elementos» cualesquiera que lo está en la asamblea del pueblo.

Algunos pueden argumentar que la referencia a Su «presencia sustancial y continuada en los elementos eucarísticos» basta para quitar toda duda sobre la ortodoxia de la definición de la Misa por la nueva Instrucción General, pero esta presencia «sustancial» no está de ninguna manera diferenciada, por la Instrucción General, de Su «presencia» en la asamblea o en el sacerdote-presidente. Además, el uso del término «perpetúa» sugiere que ningún «cambio» ha ocurrido en el pan y el vino en la Nueva Misa, ni sugiere que Cristo esté ahora *sacramentalmente* presente. Uno se acuerda del comentario de Lutero de que «Si Jesús está presente en todas partes, quizás Él también está presente en la Eucaristía».

Los conservadores que defenderían la Nueva Misa también pueden aseverar que la propia Instrucción General no declara en ninguna parte específicamente que el pueblo confecciona el Sacramento. Esto, ciertamente, es verdad, porque, de hecho, *¡la Instrucción General no declara en ningún lugar que un Sacramento sea confeccionado!* ¿Qué hace exactamente el pueblo de Dios? Ellos se reúnen «conjuntamente» «para celebrar el memorial del Señor *O* sacrificio eucarístico». (Cf. la cita en pág. 67; el subrayado es mío). El texto no dice «Y» el sacrificio eucarístico lo cual claramente implica una vez más que el «sacrificio eucarístico» no es de ninguna manera diferente de «el memorial del Señor», como los protestantes lo entienden. Además, el término «Eucaristía» significa literalmente «acción de gracias», y esta ambigüedad entre el «memorial del Señor» y el «sacrificio eucarístico» hace posible, una vez más, poner la definición entera de acuerdo con la teología protestante, según la cual el «sacrificio» es sólo de «alabanza y acción de gracias», y ¡nunca de propiciación (sacrificio de reparación) o inmolación (sacrificio de una víctima)!

Más «Charla de Mesa»

Mirando en cualquier parte en la Instrucción, no ofrece mucha ayuda para clarificar estas ambigüedades. Frases tales como «la Misa es la acción culminante por la que Dios en Cristo santifica el mundo y los hombres adoran al Padre...» o «la Ora-

ción eucarística, una oración de acción de gracias y santificación es el centro de la celebración entera», si confirman algo, es la orientación protestante del Rito.

Mirando brevemente en el Párrafo 8 de la Instrucción (inalterado en la «nueva» versión), uno no encuentra nada que contradiga lo que acabamos de decir. La división del Rito en la «Liturgia de la Palabra» y la «Liturgia de la Eucaristía» implica que la Palabra de Dios sólo se encuentra en la Escritura. El término Eucaristía, que significa acción de gracias, permite ver en la segunda parte del servicio, si así se desea, sólo un «sacrificio de alabanza y acción de gracias». (Y nada en el propio Rito nos llevaría a pensar de modo diferente; por ejemplo, el uso que hace el Nuevo Rito de una interpretación narrativa histórica de las palabras de Consagración de Nuestro Salvador, como opuesto al acto personal del sacerdote que consagra durante la Consagración de la Misa Tradicional.) Ahora este segundo párrafo afirma una vez más que todo el asunto de la Nueva Misa es efectuado en una «mesa», y que desde esta «mesa» los creyentes son «instruidos» y «alimentados». Una vez más, esta terminología está totalmente de acuerdo con la idea protestante de que la función de un ministro es principalmente instruir. Mientras que «comida» puede tener una connotación espiritual, su uso en esta situación es más coherente con la ruptura del breve ayuno eucarístico posconciliar con un poco de pan y vino. Una vez más, el protestantismo prevalece —de hecho, parece que triunfa.

Una Concesión a los Conservadores

Se hicieron otros cambios en la Instrucción revisada. Fue agregado un prólogo que intentó débilmente reiterar la enseñanza del Concilio de Trento en la Misa, pero al mismo tiempo el prólogo o introducción insistió una vez más en que es el «pueblo» quien es responsable para la celebración del Nuevo Orden de la Misa: «para la celebración de la Eucaristía la acción de la Iglesia entera es... ellos son un pueblo llamado a ofrecer a Dios las oraciones de la familia humana entera, un pueblo que da gracias en Cristo por el misterio de salvación ofreciendo Su sacrificio». La impresión neta dejada es que la segunda versión de la Instrucción hace poco (si hace algo) para afirmar la ortodoxia o para cerciorarnos de la realidad de la Consagración. De hecho, todo lo que hace —y creo que ese era su intento— es proporcionar a los católicos conservadores la oportunidad de reblandecer sus conciencias y convencerlos de que

la Nueva Misa no es esencialmente diferente de la Misa Tradicional —la confección presenta una vez más el Sacrificio del Calvario de una manera incruenta.

Además debe notarse que, mientras que Pablo VI puede haber hecho explícita su creencia en la enseñanza católica sobre la Misa en otros documentos o discursos, esto de ninguna manera cambia la situación inmediata con respecto a la Nueva Misa y la Instrucción General. Lo que es importante para nuestra consideración aquí es que en ninguna parte en el propio *Novus Ordo Missae*, o en la Instrucción General que introduce el *Novus Ordo* e instruye sobre él, es especificada tal creencia.

Los católicos conservadores posconciliares argumentan de dos modos: 1) que la Instrucción General de ninguna manera afecta a la validez de la Nueva Misa, y 2) que los cambios en la segunda versión de la Instrucción General hacen al propio Rito de algún modo aceptable a los católicos y susceptible de ser interpretado de una manera ortodoxa. Cualquiera que sea la postura que ellos tomen, no pueden negar que tanto el Nuevo Orden de la Misa como la Instrucción General son ingeniosas y magistrales recopilaciones de ambigüedad, que apuntan, por todo lo que nosotros hemos tratado aquí, a hacer la enseñanza católica oscura y propagadora de las creencias protestantes. De hecho, uno tiene que expresar un cierto asombro y sobrecogimiento por la habilidad extrema con que todo esto se ha realizado. Uno se acuerda por estas cosas de las palabras de Nuestro Señor: «Los hijos del mundo son más avisados entre sus congéneres que los hijos de la luz». (Lucas 16:8).

La Misa «indulto»

Mención de paso debe hacerse de los cambios asignados en el Misal de 1962 por el Papa Juan XXIII, normalmente llamado la «Misa de Juan XXIII». Aunque ahora parecen ser menores en comparación a lo que vino después, muchos de los cambios encontrados en esta Misa eran significativos, incluso radicales para la época. Retrospectivamente, yo creo que ahora puede decirse sin temor a equivocarse que esta Misa sólo sería usada durante un tiempo y que inicialmente se introdujo 1) como un paso inicial hacia el *Novus Ordo Missae*; 2) para introducir al creyente a la idea de que sus ritos venerables podrían cambiarse, y 3) para determinar cuán fuerte sería la resistencia al Nuevo Rito. La Misa de Juan XXIII se volvió obsoleta sólo tres años después de ser introducida, cuando un entero *nuevo* grupo de cambios adicionales fue presen-

tado para acostumbrarnos, como parecería ahora, a aceptar estos cambios litúrgicos que acontecerían en el Nuevo Orden de la Misa.

El Misal del Papa Juan XXIII se ha sacado recientemente de entre la naftalina por el «Indulto» de 1984 de Juan Pablo II (que permite la celebración de la Misa «Tridentina» para ocasiones especiales) para darles a los fieles la impresión de que la jerarquía presente está volviendo a la tradición. Aun cuando los pocos (pero significativos) cambios en este rito no afectan a su validez, no debe olvidarse que fue promulgado como precursor del *Novus Ordo Missae*. Es injusto llamarlo la Misa Tridentina porque su propósito es mantener a los creyentes más conservadores dentro de la Iglesia «dándoles un caramelo».

El «Indulto» de 1984 *requiere* que aquéllos que se aprovechen del uso de esta Misa 1) acepten sin reserva la «validez doctrinal y la legitimidad» del Nuevo Orden de la Misa; y 2) acepten implícitamente la autoridad de los «papas» posconciliares y las enseñanzas del Vaticano II. Virtualmente sin ninguna excepción, el Indulto se permite sólo un domingo al mes para que los creyentes tengan que asistir al *Novus Ordo Missae* los otros domingos. Algunos Obispos insisten en que aquéllos que asisten a estas celebraciones deben primero firmar una declaración a este efecto. Pero incluso aquéllos que no firman semejante declaración deben aceptar implícitamente las condiciones del Indulto⁹⁸.

⁹⁸ Según un reciente número de *The Wanderer* (julio 1991), el Cardenal Mayer, presidente de la Comisión Pontifical *Ecclesia Dei*, ha enviado recientemente una carta a la Conferencia Nacional de Obispos católicos en Norteamérica requiriéndoles a «facilitar» el uso del Misal romano de 1962. Gtando la declaración directamente, «esto no debe interpretarse como una promoción de ese Misal en perjuicio del promulgado ocho años después, sino simplemente como una prevención pastoral para satisfacer las “justas aspiraciones” de aquéllos que desean rendir culto según la tradición latina como se ha celebrado durante siglos». Se aconsejó que la Misa indulto se hiciera semanalmente, y se programara en una ubicación central y en un momento conveniente, y además se agregó que no se guardaría ninguna otra limitación que fuera «demasiado dolorosa» para los creyentes. (Los sacerdotes estaban para «recalcar su propia adhesión a la legislación de la Iglesia universal y su reconocimiento del valor doctrinal y jurídico de la liturgia como fue revisada después del Segundo Concilio Vaticano».) El propósito abiertamente declarado de esta acción era «volver a incitar a la plena comunión con la Iglesia a aquéllos que se han hundido en este momento en el culto cismático».

¿Las Traducciones Infieles son Abusos?

Debe quedar claro que al abordar anteriormente el *Novus Ordo Missae*, yo me he referido al Rito como se usa por el más conservador de los católicos posconciliares. Cualquier referencia a fenómenos tales como «misas bufas», «misas marihuana», «misas guitarra»; etc., habría levantado inmediatamente el grito defensivo de que esos son «abusos». Por consiguiente, no han sido incluidos en nuestra discusión, pero la autorización de tales «exhibiciones» y la participación en ellas por la jerarquía, más el hecho de que nunca han sido claramente condenadas, socava significativamente el argumento «abuso».

Sin embargo, con respecto al *Novus Ordo Missae*, se debe tratar claramente el problema de las malas traducciones del latín original. Éstas no son y no pueden ser —por ninguna expansión de la imaginación— despachadas como «abusos» forzados por aquéllos que rodean a los «pobres Papas asediados», o como las producciones litúrgicas ilícitas de experimentados sacerdotes disidentes.

Deben hacerse varias puntualizaciones a este respecto: 1) El latín está para todos los propósitos prácticos muerto como lengua litúrgica. Aquéllos que apuntan al original latino del *Novus Ordo Missae* para demostrar el catolicidad de la Misa vernácula, o quien usa el latín para exonerar a los papas posconciliares de promover una Misa que contiene la herejía, deben reconocer este hecho. 2) Casi cada defecto en el Nuevo Orden de la Misa que nosotros hemos discutido se aplica a la versión latina tanto como a la inglesa. 3) Nosotros ya hemos dado la evidencia de que los aspectos críticos de las traducciones han tenido la aprobación papal directa, y posteriormente mostraremos que ellos se apoyan en los documentos curiales oficiales. 4) Las malas traducciones han estado en uso durante décadas, y las quejas por ellas, como por la propia Nueva Misa, se han ignorado repetidamente por Pablo VI y Juan Pablo II. Nos obligan a que concluyamos que las malas traducciones no son «abusos», sino una parte íntegra de la «Revolución Litúrgica».

Uno bien puede preguntarse por qué aquéllos que sentían que la lengua vernácula permitiría la mayor participación por parte de la «congregación celebrante» no usan las traducciones ya disponibles de la Misa antigua. La respuesta, quizás, fue proporcionada hace tiempo en un trabajo del conocido historiador jesuita Padre Philip Hughes. Discutiendo los ritos anglicanos creados por el Obispo protestante Cranmer del siglo XVI declaró:

Semejante procedimiento habría anunciado sólo más ruidosamente el conflicto entre la doctrina recientemente impuesta y la creencia más antigua. El nuevo servicio estaba de hecho en inglés, y en un inglés casimejor del que nadie nunca haya inventado antes o después. Pero también era un cuidadoso remodelado del servicio y una reescritura de sus oraciones tal que cada signo de este rito que siempre fue, o siempre significó ser, un sacrificio eficaz para los vivos y los muertos, fue completamente eliminado⁹⁹.

También debe destacarse que los errores en la traducción del latín de la Nueva Misa *son paralelos en todas las diversas versiones vernáculas usadas*, con la excepción del polaco. Además, el modelo que siguen fue esbozado primero en el documento *Inter Oecumenici* (1964), y por otro lado delineado en las declaraciones Vaticanas subsecuentes (como DOL. Nos. 843 y 871). No puede haber ninguna duda de que las traducciones infieles tenían la aprobación clara del Papa. El Arzobispo Bugnini nos informa en sus memorias que Pablo VI se reservó la aprobación de las traducciones del Canon, y sobre todo, las Palabras de la Consagración. Como hemos apuntado anteriormente, este hecho también fue confirmado por el Arzobispo Weakland.

En los países angloparlantes, la organización responsable para traducir la Misa es el «International Committee for English in the Liturgy» normalmente abreviado ICEL. El ICEL es una de las organizaciones más poderosas dentro de la Iglesia posconciliar y tiene autoridad incluso sobre las conferencias nacionales de obispos en ciertas materias. Su influencia compleja y de largo alcance es descrita por Gary Potter en su ahora famoso artículo «The Liturgy Club»¹⁰⁰.

Christopher Monckton, editor anterior de *The Universe* (de Londres), nos informa que en la versión inglesa del Nuevo Orden de la Misa hay unas 400 traducciones erróneas del latín (*Faith*, Nov., 1979). ¡De importancia mucho mayor es *el modelo que ellos siguen!* Según Michael Davies, la «fuerza motivadora» que ellos siguen es «precisamente la misma... [que hay] detrás de la versión latina oficial de la Nueva Misa, es decir, una tendencia a minimizar la expresión litúrgica de la enseñanza católica eucarística que no es ¡aceptable a los protestantes!»¹⁰¹ Mr. Monckton describió este modelo de dos etapas en los términos siguientes:

⁹⁹ Philip Hughes, S.J., *Rome and the Counter-Reformation in England* (Londres: Sheed and Ward).

¹⁰⁰ *Triumph*, mayo de 1968.

¹⁰¹ *PPNM.*, págs. 616-619

Los errores muestran un motivo común que revela las intenciones de los traductores. Ese motivo es la dilución o apartamiento de alusiones y referencias a esas doctrinas de la Misa que son específica y peculiarmente católicas... La minuciosidad y determinación con que se han eliminado esas enseñanzas que distinguen las creencias católicas de las de otros cristianos se demuestran por muchas omisiones menores que se repiten a menudo¹⁰².

Pero los errores no sólo se limitan al Ordinario de la propia Misa, es decir, al Credo y las Plegarias Eucarísticas. El nuevo Misal entero en su versión vernácula oficial está plagado de ultrajantes errores de traducción. El Padre Anthony Cekada, un sacerdote que celebra la Misa Tradicional, hizo un estudio de esta cuestión y presentó los resultados en una conferencia dada en Detroit el 25 de octubre de 1986:

... El fraude no se limita a las traducciones de las nuevas Plegarias Eucarísticas y las otras partes más o menos fijas de la Nueva Misa que usted oye en inglés cada domingo. Yo me encontré recientemente con un Misal latín-inglés producido por una organización «conservadora» que promueve la celebración de la Nueva Misa en latín. Comparé los 34 grupos de Oraciones para los domingos en Tiempo Ordinario (*Dominicae per Annum*) en el Misal del Papa Pablo VI para sus traducciones inglesas.

La mafia litúrgica americana completó el proceso de descatalogización que Roma empezó [es decir, primero la etapa en latín, segundo en lengua vernácula]. Frases y expresiones en Oraciones «traducidas» [es decir, las colectas, secretas, etc.] que aluden a ideas «negativas» se suprimen; [como] sea agradable a Dios o apacigüe Su ira, la Pasión de Cristo, nuestra necesidad del mérito, nuestra maldad, [nuestro] error, la debilidad de la naturaleza humana, los pecados que «agobian la conciencia», y dejan de lado nuestras propias inclinaciones, como [también] son expresiones que se refieren a la voluntad humana y nuestras mentes y cuerpos.

Los traductores también minimizan u omiten las ideas no católicas que consideran «ofensivas». Los herejes se complacerán observando que las traducciones no hablan de los fieles o de la ofrenda de Cristo como la víctima

¹⁰² Citado en *PPNM.*, págs. 617-618. Nuestro uso recurrente de Michael Davies como fuente de ninguna manera implica que nosotros aprobemos su teología. Cf. John Daly, *Michael Davies, An Evaluation* (Londres: Britons Catholic Lib., 1990).

en la Misa, y los judíos y musulimes estarán encantados advirtiéndolo que las frases que se refieren a la perfección de los sacrificios del Antiguo Testamento habían sido borradas del Nuevo, y la redención para «aquéllos que creen en Cristo». Y el propio Martín Lutero no habría tenido ningún problema en recitar esas oraciones en que los traductores han suprimido la noción de llevar a cabo buenas obras.

Pero el ultraje más grande que los traductores perpetraron fue omitir regularmente la palabra «gracia» de sus traducciones. Aparece en el original latino de las Oraciones 11 veces, pero *ni una sola vez* en la versión inglesa oficial. Así, la palabra que es fundamental para la enseñanza católica sobre la Caída de hombre, la Redención, el pecado, la Justificación y el sistema sacramental entero ha desaparecido absolutamente sin dejar rastro ...¹⁰³

Todo esto no puede molestar a quienes han llegado a estar acostumbrados al Nuevo Orden de la Misa a causa de su asistencia semanal o incluso diaria. Sin embargo, yo le pediría a cualquier lector que todavía se considere católico y todavía profese la Fe católica completa y entera que considerara el horror de ser enterrado con los ritos fúnebres de la Nueva Misa. En el original latino del Misal de Pablo VI hay 114 posibles oraciones (plegarias) fúnebres. La palabra latina *anima*, «alma», sólo aparece en dos de ellas, y éstas no sólo son «opcionales», sino que cuando se traducen en inglés, tienen suprimida «esta palabra ofensiva»¹⁰⁴. Aquéllos que han asistido a los entierros de la Nueva Misa notarán que no sólo no hay ninguna mención de sacrificio ofrecido «por los vivos y los muertos», sino que en ningún momento se le pide a la congregación que rece por el alma de los difuntos —al menos dentro del propio Rito. Por supuesto, si todos los hombres se salvan cualquiera puede inferir muy bien, de la ausencia de alguna mención del sacrificio reparador en la Nueva Misa, que la importancia de orar por los difuntos también ha desaparecido. Pero entonces uno también puede preguntar y con completa lógica, «¿Por qué preocuparse nada por tener el Nuevo Orden de la Misa para los servicios fúnebres?».

¹⁰³ El P. Cekada está preparando un extenso estudio de la Nueva Misa que será indudablemente el más minucioso de los publicados, un capítulo del cual aborda este asunto entero de la emasculación de las oraciones (colectas, secretas, etc.) en la Nueva Misa. De estas oraciones ha desaparecido virtualmente toda mención de materias típicamente católicas, como el sacrificio, la gracia, el pecado, la reparación, etc.

¹⁰⁴ Ver P. Anthony Cekada, «A Response», *The Roman Catholic*, enero de 1987.

Conclusión

El Nuevo Orden de la Misa ha causado estragos entre los creyentes católicos, un hecho evidente incluso para el sociólogo luterano Dr. Berger:

La Revolución Litúrgica —no servirá ningún otro término— es un error... que toca a millones de católicos en el mismo centro de su creencia religiosa. Permítaseme sólo la mención de la abolición repentina, y de hecho, la prohibición de la Misa latina, la transposición del sacerdote oficiante del frente a la parte de atrás del altar (el primer cambio simbólicamente disminuyó la universalidad de la Misa, el segundo, su referencia trascendente) y el ataque masivo en una amplia variedad de formas de la piedad popular... Si un sociólogo enteramente malicioso, inclinado a injuriar a la comunidad católica tanto como sea posible, hubiera sido un asesor para la Iglesia, difícilmente podría haber hecho un trabajo mejor¹⁰⁵.

Considerando que casi cada frase del *Novus Ordo Missae* y su Instrucción General acompañante está abierta a interpretaciones ampliamente diferentes, el resultado global es un rito protestante con algún «andamiaje» superficialmente católico. La «corrección» —más aún, el «despedazamiento»— de los textos antiguos por los innovadores, revela un modelo bien definido de «acomodamiento» a los errores protestantes. En ninguna parte es presentado claramente el Nuevo Orden de la Misa como un sacrificio inmolativo (sacrificio de una víctima) o propiciatorio (reparador). En ninguna parte se declara claramente que un acto sacrificial es realizado por un sacerdote que actúa independientemente de la asamblea e *in persona Christi* («en la persona [o lugar] de Cristo»). De hecho, se afirma repetidamente que es el («ontológico») «pueblo de Dios» quien celebra el Rito. ¡Ninguna inmolación (sacrificio de una víctima), ninguna propiciación (la expiación) y ningún sacerdote sacrificando! Si tal es el caso, como la redacción del Nuevo Orden de la Misa y su Instrucción General claramente indican, entonces, lo que quiera que sea el Nuevo Orden de la Misa, no es una Misa católica en la acepción tradicional y doctrinal, esto es, la incruenta pero

¹⁰⁵ (*Homiletic and Pastoral Review*, febrero de 1979).

completamente real reefectuación del sacrificio de Nuestro Señor, de Sí Mismo, en el Calvario. La invención resultante, sin embargo, está admirablemente preparada para el uso por todas y cada una de las (no católicas) sectas cristianas —por cierto, podría servir fácilmente como el precursor de alguna *falsa* religión universal que algunos ecumenistas pueden de hecho tener en vista. A pesar de esto, ¿es posible que un verdadero sacrificio inmolativo ocurra en la Nueva Misa? Si uno admite la definición de Pablo VI, si uno acepta la redacción del Rito en su significado literal, y si uno cree en la enseñanza constante de la Iglesia sobre la teología sacramental, entonces es difícil ver cómo puede ser eso posible. (Teóricamente, un verdadero sacerdote que utilizara el bosquejo del *Novus Ordo Missae*, pero que hiciese una serie de cambios y adiciones para asegurar su validez, podría consagrar. Pero entonces estaría violando el principio de obediencia, y el resultado neto ya no sería el *Novus Ordo Missae*, sino una Misa de su propia creación.)

Muchos católicos conservadores posconciliares intentan eludir las cuestiones suscitadas por los problemas relacionados con la Nueva Misa insistiendo en que pueden interpretarse de una manera ortodoxa cada frase y cada palabra de la Instrucción General y el rito de la Nueva Misa. Otros nos aseguran que podemos aceptar el *Novus Ordo Missae*, aunque rechazando completamente la Instrucción General. Pero tales cosas requieren un tipo de mentalidad «retorcida» y evita la obligación natural de entender la enseñanza e instrucciones de la Iglesia en el sentido llano del idioma usado. Los hijos de tales católicos, no teniendo la ventaja de la enseñanza tradicional de la Iglesia, invariablemente caerán víctimas del significado obvio de las palabras actuales en la Nueva Misa, es decir, si no se molestan más que en asistir a ella. (Como un reciente periódico católico ha apuntado, en los Estados Unidos ha habido un 50 por ciento de disminución en aquellos que aún se llaman católicos, es decir, registrados como tal, practiquen o no. ¡Y en un reciente estudio hecho en Australia, de los hijos de las familias católicas, de entre 18 a 25 años de edad que viven fuera de casa, un 95% ya no asisten a la Misa!)

La obediencia siempre se trae a colación como defensa por asistir y/o decir la Nueva Misa. Dado que este problema fue discutido en otra parte [en un libro anterior del autor, que en breve será reeditado], nosotros debemos agregar que aquéllos que utilizan este argumento deben reconocer la obligación que tienen de que su obediencia sea «total». La obediencia requiere que uno diga el Canon y asuma las palabras de Consagración en el *Novus Ordo Missae* como una parte de la Narrativa de la Institución —es decir, de la misma manera que uno leería la historia de la Pasión en el Evangelio. De acuerdo que esto no es un mandato, pero tampoco está diciéndolo *in*

persona Christi («en la persona de Cristo»). Claramente, un sacerdote que es obediente no debe agregar *nada* suyo al Rito. De nuevo, no se puede hablar de «obediencia» en la asistencia y/o recitación del *Novus Ordo Missae* sin hablar también de obediencia en la aceptación y fomento de TODAS las enseñanzas tradicionales de la Iglesia católica que incluyen la doctrina de que la Misa es un sacrificio —es EL sacrificio de Cristo en el Calvario, reefectuado de una manera incruenta. Cuando uno considera su compromiso para obedecer y fomentar *todas* las enseñanzas de la Iglesia católica romana, entonces la enseñanza perniciosa —aunque implícita— de la Nueva Misa, y la Instrucción General que la acompaña, de que la Misa *no* es un sacrificio, entra en conflicto directo con su Fe católica, debidamente entendida, de que cada católico debe obediencia so pena de pecado mortal. Con respecto a la Nueva Misa, uno simplemente no puede hablar de obediencia en absoluto a menos que esté dispuesto a aceptar el sentido llano del idioma utilizado tanto en el Nuevo Orden de la Misa como en la Instrucción General «oficial» que la presenta y explica.

Finalmente, la verdadera obediencia requiere que uno respete la enseñanza, que debe negarse a aceptar *cualquier* Sacramento cuya validez sea cuestionable, porque actuar de otro modo es un acto sacrílego. Y un sacrilegio es un acto que directamente viola lo que es sagrado. Por consiguiente cometer un sacrilegio es actuar directamente contra Dios.

Quizás ahora el lector para quien este asunto es nuevo entenderá precisamente por qué muchos sacerdotes han vuelto a decir la Misa Tradicional (la Misa Tridentina). Estos sacerdotes saben con toda seguridad que el Rito Tradicional es válido, además de que es santo y agradable a Dios; considerando que la Nueva Misa, cuando se dice según la manera prescrita por las palabras del Nuevo Rito y de acuerdo con la Instrucción General que la acompaña, es definitivamente dudosa en cuanto a su validez, y por consiguiente *no puede ser dicha* por uno que conoce bien su fe católica y que quiere agradar a Dios. Por las mismas razones, será ahora obvio por qué muchos católicos laicos serios, instruidos, se niegan a ir a la Nueva Misa y por eso han incurrido a menudo en la contumelia de sus compañeros católicos por estar aparentemente «contra el Papa» y «contra la Iglesia». La verdad del asunto es, más bien, que *ellos no tienen ninguna otra opción* (excepto, claro, simplemente dejar de asistir a Misa)¹⁰⁶. Así, la Nueva Misa que se suponía que atraería a muchas más personas y haría

¹⁰⁶ Catherine Emmerick hizo el comentario siguiente sobre aquéllos que asistirían a una falsa misa en los últimos días: «Yo vi otra vez la Iglesia nueva y de extraña apariencia que ellos estaban intentando construir. No había nada santo en ella... la gente estaba amasando el pan en la cripta de abajo...

nuestra liturgia católica «más comprensible», ha causado una hendidura profunda entre los creyentes. Ha distanciado a una parte grande de los sacerdotes y laicos más serios y celosos, que ahora deben padecer las imputaciones falsas de desobediencia y cisma porque ellos están intentando ser obedientes y en unidad con el espíritu perenne de la Iglesia.

Es fácil, entonces, entender por qué, en casi todas las ciudades mayores del mundo, hay comunidades de sacerdotes y laicos que se niegan a tener algo que ver con la Nueva Misa y que continúan diciendo o asistiendo a la antigua Misa católica tradicional con gran sacrificio personal. No debe olvidarse que la Bula Apostólica del Papa S. Pío V titulada *Quo Primum* (1570) garantiza su derecho a actuar así. Aquellos que negarían a los católicos este derecho, incurren en el riesgo, como esta Bula declara, de «la ira de Dios Omnipotente y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo». Es decir, ellos arriesgan su salvación eterna.

Consideremos de nuevo la Misa Tradicional. Como el Padre M. Jean-Jacques Olier, el famoso cura de Sant-Sulpice de París, formuló: «Uno debe saber que este Sacrificio es el Sacrificio del Cielo... un Sacrificio ofrecido en el Paraíso que, al mismo tiempo se ofrece aquí en la tierra, y ellos sólo difieren en que aquí en la tierra el Sacrificio permanece invisible». ¡Qué poder! ¡ Qué acto sagrado! ¡Lo Divino hecho presente en nuestros altares! S. Alfonso M. de Liguori nos dice que «La Iglesia entera no puede dar a Dios tanto honor, ni obtiene tantas gracias, como un solo sacerdote celebrando una sola Misa». De hecho, como él también dice, la dignidad sacerdotal es tan grande que «supera la dignidad de los ángeles».

Para concluir esta discusión del Nuevo Orden de la Misa, consideremos dos citas finalmente, la primera de Sto. Tomás de Aquino (1225-1274), y la segunda de San Basilio el Grande (329-379), ambos Doctores de la Iglesia Universal (Dado que San Basilio habla acerca de la herejía del arrianismo —que infectó a casi toda la Iglesia en el siglo IV y a un 80% de los obispos— sus palabras se aplican con fuerza aún mayor a la crisis actual de la Iglesia):

La falsedad en el culto exterior sucede por parte del adorador, y sobre todo, en el culto común que es ofrecido por ministros que personifican a la

pero no subiría, ni ellos recibieron el cuerpo de Nuestro Señor, sino sólo pan. Aquellos que estaban en el error, no por su propia falta, y quienes piadosa y ardentemente anhelaron el Cuerpo de Jesús se consolaron espiritualmente, pero no por su comunión. Entonces mi Guía (Jesús) dijo: ESTO (la nueva “misa”) ES BABEL».

Iglesia entera. Pues así como sería culpable de falsedad quien propusiera, en el nombre de otra persona, cosas que no le comprometen a él, así también hace que el hombre incurra en la culpa de falsedad quien, por parte de la Iglesia, rinde culto a Dios contrariamente a la manera establecida por la Iglesia o la autoridad divina, y según la costumbre eclesiástica. De aquí que S. Ambrosio diga: «Es indigno quien celebra el misterio de otra manera a como Cristo lo entregó». (*Summa*, II-II, Q. 93, A. 1).

La gente religiosa guarda silencio, pero toda lengua que blasfeme se deja suelta. Se profanan las sagradas cosas; los seculares que están firmes en la fe evitan los lugares de culto como a escuelas de impiedad, y en la soledad con gemidos y lágrimas elevan sus manos al Señor del Cielo ... (*Ep.* 92). Las cosas han llegado a este extremo; las gentes han dejado sus casas de oración y se han congregado en los desiertos. A esto se someten, porque ellos no tendrán ninguna parte en el malvado fermento arriano... (*Ep.* 242). Sólo una ofensa se castiga ahora vigorosamente, una observancia fiel de las tradiciones de nuestros Padres... Ya no hay gozo ni alegría espiritual; nuestras fiestas se convierten en duelos; nuestras casas de oración están cerradas, nuestros altares despojados de su culto espiritual. (*Ep.* 243).

¿EL *NOVUS ORDO* ES OBLIGATORIO Y LA MISA TRADICIONAL ESTÁ CONDENADA?

Un debate considerable todavía continúa en un esfuerzo por determinar si la Bula *Quo Primum* (que declara que nadie puede prohibirle a un sacerdote que diga o a los seglares que asistan a la Misa Tradicional) ha sido derogada —si en realidad tal cosa puede hacerse. Muchos arguyen que ya que no hay, uno no se pone a sí mismo en desobediencia diciendo o asistiendo a la Misa tradicional. Lo que es cierto.

El *Novus Ordo Missae* fue promulgado el 3 de abril de 1969. Antes de esto, de 1966 en adelante, la «liturgia vernácula» había sido «permitida». En realidad, como el Padre Houghton señala (*Christian Order*, octubre de 1976), la liturgia vernácula fue obligatoria para el laicado porque tenía el apoyo amplio del clero. Él sigue apuntando que la Bula *Quo Primum* no fue condenada porque «los poderes que había se animaron a creer, en consecuencia, que los Nuevos Misales serían recibidos de la misma manera... el entusiasmo del clero sería suficiente para dejar al Misal antiguo morir de una muerte decorosa sin acudir a la eutanasia».

Cuando esto no ocurrió, se llamó a la obediencia como apoyo. Pero la obediencia requirió que el nuevo orden fuese obligatorio, que el antiguo fuese claramente condenado. Así fue que la Congregación para el Culto Divino emitió su «Notificatio» el 28 de octubre de 1974 que exigía que el nuevo rito fuera ciertamente obligatorio: «a pesar de absolutamente cualquier costumbre, incluso inmemorial». Citando de nuevo al Padre Houghton, «dejando aparte el hecho de que una “Notificatio” es un documento administrativo y no legislativo, apelar a ella sólo sirvió para empeorar la confusión. Si el nuevo rito sólo devino obligatorio el 28 de octubre de 1974, entonces ¿por qué razón los obispos intentaron suprimir la Misa antigua en el primer domingo de Cuaresma de 1970?

El 24 de mayo de 1976, Pablo VI intentó aclarar el problema:

«Es en el nombre de la tradición misma que nosotros exigimos a todos nuestros hijos y a todas las comunidades católicas celebrar la liturgia según el rito renovado con dignidad y fervor. El uso del *Novus Ordo* no está de ningún modo dejado a la discreción de los sacerdotes y los creyentes. La Instrucción del 14 de junio de 1971, ha provisto que la celebración de la Misa

según el rito antiguo sólo debe permitirse, con el permiso del Ordinario, a los sacerdotes viejos o enfermos cuando celebren sin nadie presente. El *Novus Ordo* se ha promulgado para reemplazar al Viejo después de madura deliberación y para cumplir las decisiones del Concilio. Es exactamente de la misma manera que nuestro predecesor S. Pío V hizo obligatorio el Misal reconocido por su autoridad tras el Concilio de Trento. Por la misma autoridad suprema que Nos hemos recibido de Cristo, Nos decretamos la misma obediencia pronta a todas las demás reformas, sean litúrgicas, disciplinarias o pastorales que en los recientes años han emanado de los decretos del Concilio»

(Hay una diferencia entre las versiones latina e italiana del texto. El latín dice «...S. Pío V hizo obligatorio el Misal reconocido (*recognitum*) por su autoridad» que es correcto; el italiano dice «...reformado (*riformato*) por su autoridad». En todo caso, esta diferencia de expresión es irrelevante.)

Algunos han argüido que esto era sólo una aseveración en un Consistorio, pero algo así parece intelectualmente deshonesto. Está claro que el papa habló en su función como papa y representante de Cristo. (Esto queda claro por su uso del pontificio «Nos».) Está claro que la liturgia cae dentro del ámbito de su autoridad (la fe y la moral) pues trata del dogma. Y está claro que él se propuso obligar a los creyentes. Por lo tanto, la declaración cumple todas las condiciones para ser una declaración *ex cathedra*. Si Pablo VI es papa, que aplica las palabras de Cristo, «quién le oye, me oye».

Bastante interesantemente un tal Sr. Edward Atkinson escribió al Obispo de Northampton el 20 de abril de 1976, preguntando si asistiendo a la Misa Tridentina cumplía con su obligación de asistir a Misa, y si constituía un pecado mortal. El obispo contestó:

«1) Aunque la Misa Tridentina es ilícita, es no obstante una Misa válida y asistiendo a ella usted ha asistido a la Misa dominical.

2) Si la desobediencia implicada en la asistencia a Misa es para usted un alejamiento suficiente de Dios y constituye un pecado moral es algo que sólo su propia conciencia puede decirle.»¹⁰⁷

¹⁰⁷ *The Remnant*, St. Paul Minn., 24 de mayo de 1976.

Acerca de las preguntas propuestas, está claro que 1) *Quo Primum* nunca ha sido abrogada oficialmente por la Iglesia posconciliar. 2) Si uno reconoce el magisterium ordinario como siendo infalible, y si uno reconoce que Pablo VI verdaderamente es un papa y usa su autoridad papal en el discurso anterior, entonces se sigue claramente que la asistencia a la Misa tradicional (codificada por Pío V) está prohibida.